

LA DUQUESA

DE LA VAUBALIERE.

DRAMA EN CINCO ACTOS DE

Mr. Rougemont,

Traducido del francés

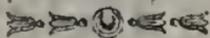
POR DON J. BURRUEZO.

ESTADO POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO
DE BARCELONA EL 31 DE ENERO DE 1836.

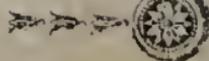


Barcelona.

IMPRESA DE OLIVA, EN LA PLATERIA.



1837.



diputaciones provinciales antes que concluyamos nuestras tareas, cuando precisamente depende de ellas. Se nos ha dicho hace pocas horas en este que lo menos de que se cuida es de la opinion ó reputacion popular. Yo Estamento, cuál es la confianza que se puede tener de que un Ministro tales principios se apresure á establecer una institucion tan necesaria, tan popular; una institucion, de cuya utilidad yo tengo conocimiento, porque diputado á Córtes fui diputado provincial, y me consta que estas diputaciones porcionaron en aquel tiempo á los pueblos beneficios mas positivos, mas importantes efectivos que los que les hacian los diputados á Córtes. Digo, que un que se ha pronunciado tan contrario á la opinion popular, y que va á bu putacion en el tiempo en que ya no existe sino la fria losa, ¿qué confusión infundirme de que lleve á efecto una promesa hecha como tantas otras que hecho por el Gobierno cuantas veces se han solicitado concesiones análogas

» Mas supongamos que el Gobierno presentase el proyecto de ley relativo al establecimiento de estas diputaciones provinciales; que presentase tambien el de deseada sobre la nueva forma que debe darse á los ayuntamientos; supongamos asi como la ley de la Milicia urbana fuesen discutidas y aprobadas por este y por el de ilustres Próceres; ¿de qué serviria todo esto, si aun se nos pudiese decir de una manera tan escandalosamente antiparlamentaria que estas leyes detenidas ó pendian de la resolucion de S. M. ¿Pues qué, en un sistema representativo la voluntad Real no se presupone que es la voluntad responsable de las

LA DUQUESA DE LA VAUBALIERE.

Esta pieza es propiedad del Editor , y todos los
ejemplares irán firmados y rubricados por él mismo.

Frank Oliva.

LA DUQUESA

DE LA VAUBALIERE.

DRAMA EN CINCO ACTOS DE

Mr. Rougemont,

Traducido del francés

POR DON J. BURRUEZO.

RECUTADO POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO
DI BARCELONA EL 31 DE ENERO DE 1836.



Barcelona.

IMPRESA DE OLIVA, EN LA PLATERIA.



1837.

PERSONAJES.**ACTORES.**

EL REGENTE DE FRANCIA.	LOPEZ.
EL DUQUE DE LA VAUBALIÈRE.	LIEZ.
MORISSEAU, escribano.	ALCASA
ADRIAN, jóven médico.	IBIÑEZ.
JORGE RAYMOND, arrendador.	TORMO.
JULIA, su hija.	DIEZ.
MARTA, ama de gobierno.	GARCIA.
EL CABALLERO DARGENVILLE.	BENET.
EL CONDE SABRAN.	CARVAJA
UN CRIADO.	ESCAT
UN MUCHACHO DE FONDA.	N.
UN ESENTO.	N.
GRANDES, SEÑORES, LACAYOS, ETC.	

La escena es á principios del siglo XVIII.

(El teatro representa una sala rústica; puerta de entrada en el fondo, ventana á la izquierda y á la derecha una puerta de sala, una mesa y en el mismo lado un fusil.



LA DUQUESA DE LA VAUBALIÈRE.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

(Julia sola, que acaba de llegar de la ciudad regularmente vestida; se quita su toca y la coloca sobre una silla.)

JULIA.

¡ Heme al fin ya de vuelta!..... Dejar nuestra granja de la Jolais para ir á Paris, que no dista mas de dos leguas, es empre un suplicio para mí.

(Se sienta.)

No se puede dar un paso en aquel Pa-

rís sin encontrar impertinentes personajes que se complacen en impacientarnos..... Y si se contentasen con eso, se pondría una en salvo con apresurar el paso; pero los mas curiosos nos siguen; los mas atrevidos nos hablan... ¡En verdad hay momentos en que casi tiene una tentaciones de sentir el ser bonita!...

(Sonriéndose.)

Yo digo casi, porque al fin es una dueña de su voluntad, y los mas bellos discursos del hombre que no se quiere no valen tanto como una mirada del que se ama. (*Mira al rededor de si.*) Nadie...!

(Se levanta como enfadada.)

Entre tanto me he dado prisa á llegar con la esperanza de encontrar á Adrian con mi padre. Adrian! ah! este no necesita hablar para hacerse comprender, para hacerse amar! Escelente jóven! Cada dia gana dándose á conocer!..... El porvenir se me presenta bajo el aspecto mas risueño. Al ver el modo con que mi pa-

dre le recibe; se conoce con facilidad que no ignora nuestra inclinacion, y que no se opondrá á nuestros deseos (*Se oye ruido*). Creo haber oido...

ESCENA II.

DICHA Y ADRIAN.

JULIA.

Ah! sois vos, señor Adrian?

ADRIAN.

Yo! no lo veis señorita Julia?

JULIA.

En todo el dia (*con interés*) no habia sentido el gusto...

ADRIAN.

He estado ocupado en los preparativos de mi marcha.

JULIA, *sorprendida*.

Qué, ¿os vais?

ADRIAN.

Sí, señorita!

JULIA.

Ah! Dios mio! (*con viveza*) ¿qué moti-

vo ha podido decidiros á abandonar tan pronto... un pais que encontrabais delicioso?

ADRIAN.

Ah! este pais no ha perdido ninguna de sus delicias para mí.... pero he comprendido la leccion indirecta que vuestro padre me dió la otra tarde, y he conocido que para poderos obtener es necesario hacerse acreedor á ello.

JULIA, *tratando de ocultar su alegría.*

Yo!

ADRIAN.

Júlia! (*con entusiasmo*) desde el primer dia que os ví, dije entre mí: ¡He aquí la muger que yo he soñado!... No ha habido exageracion en el amor, que habeis conocido sin que os lo haya declarado mis miradas, fijas en las vuestras, os esplicaban mis mas secretos pensamientos. En las largas veladas, donde nuestras ideas cambiaban muchas veces de objeto vuestras opiniones, tan ingeniosamente

espresadas , reproducian todas las mías ;
nuestros gustos , nuestras aficiones , nues-
tras simpatías , eran siempre las mismas :
esta conformidad de sentimientos os ha-
cian todavía mas grata á mi corazon!...
yo no soñaba mas que en el placer de
amaros , sin pensar que los dias pasaban
rápidamente y que deberes importantes
me llamaban lejos de vos.

JULIA , *con sorpresa.*

Deberes importantes!

ADRIAN.

Soy huérfano , lo sabeis !...

JULIA.

Pobre Adrian!

ADRIAN.

Nacido en Santo Domingo , no conocí
á mi padre , que pasó á Europa algun tiem-
po antes de mi nacimiento , dejando á
mi madre , que por el estado en que se
hallaba no pudo seguirle. Durante tres
años soportó la ausencia de su esposo sin
quejarse , porque le prometia siempre

volver á la Colonia. Transcurrieron algunos meses sin que escribiera, y la inquietud de mi madre crecía por momentos; se alteró su salud, y desesperada se despidió de su familia, y se embarcó para Francia. Dios mio ! tuve la desgracia de perderla en la travesía. Quedé abandonado en manos de un criado que no amábamos, y á quien yo temía mucho; pero fué el único que nos siguió. A nuestra llegada á Francia, me colocó en un colegio bajo el nombre de Adrian; y como yo le espresase un dia el deseo de ver á mi padre, me respondió que renunciara á ello, que era huérfano, que mi padre habia muerto; que habia depositado en poder de un escribano una suma suficiente para mi educacion, y que concluida no debia ya contar con persona alguna. En efecto, mi pension ha sido exactamente pagada por una mano desconocida. El dia que salí del colegio de Navarra, el director me entregó una le-

tra de dos mil escudos contra Mr. Labour, asentista de las rentas reales, manifestándome que esta cantidad estaba destinada al pago de mis libros y gastos de estudio en la clase de medicina de Montpellier, y que otra doble se me entregaria el dia que recibiese el grado de doctor..... Me puse en camino. Admitido en la clase, me propuse con mi aplicacion merecer la estimacion y la proteccion de mis gefes... y yo no hubiera dejado el Langüedoc, si no hubiere recibido hace tres meses una carta que parecia debia cambiar toda mi existencia.

... JULIA.

Ah! y esa carta?...

... ADRIAN.

Vedla aquí; la letra me es desconocida. Se me invitaba á venir á toda prisa á Paris. El secreto de mi nacimiento debia revelármese por un escribanó, á quien se me habia confiado bajo la fe del jura-

mento. Lleno de esperanza, me despido de mis compañeros; parto, llego, corro donde se me habia indicado...; el escribano acababa de morir!

JULIA.

Qué desgracia!...

ADRIAN.

Ah! Esta noticia me hizo un mal!... hacia mucho tiempo que estaba resignado á sufrir mi suerte... no me quedaba ya ninguna memoria de mis primeros años... y esta carta ha venido á despertar en mí esperanzas!... ¿Quién sabe si este miserable criado ha podido abusar de mi padre...? Me puede haber engañado? Tal vez existe aun!...

JULIA.

¿No os queda ninguna idea de su nombre?

ADRIAN.

¡No tenia aun cuatro años cuando perdí á mi madre!... estoy bien seguro de haberle oido nombrar á su esposo... pe-

ro, ¿qué memoria puede conservar un niño de aquella edad? Ah! Julia, solo por vos siento...

JULIA.

Llamaros Adrian. ¿Tiene eso por ventura algo de desagradable?

ADRIAN.

Mi partido está tomado, vuelvo á Montpellier. La certeza de que me amais me dará paciencia, valor; y cuando yo haya verificado mis exámenes; sostenido mis tesis... ah! Julia, volveré...

JULIA.

Sí, volved con toda seguridad.

ADRIAN.

Me amais?

JULIA.

Os creo bueno... honrado... nadie me ha inspirado nunca tanta confianza.... tanta estimacion.

ADRIAN.

Si me atreviese!

A qué?

ADRIAN.

Esta sortija...

(Enseñándosela.)

JULIA.

Y bien!

ADRIAN.

He hecho grabar en ella los nombres de Adrian y Julia.

JULIA.

Dádmela... dádmela... (la toma y se la coloca.) Y está seguro de que jamás se separará de mí.

ADRIAN.

Jamás! (con fuerza.) antes de seis meses estaré de vuelta.

(Le besa la mano y se va.)

ESCENA III.

JULIA SOLA.

JULIA.

El corazón me late... me falta poco pa-

...a llorar... Pobre Adrian... Ah!... si, me
...ma y hace mucho tiempo; estaba segu-
...ra de ello (*va á la ventana.*) Vedle!... se
...vuelve... A Dios... A Dios otra vez....
Oh! no me separaré de la ventana mien-
...ras le vea.

(*Le saluda con su pañuelo.*)

ESCENA IV.

DICHA Y RAYMOND.

RAYMOND, *llamándola al entrar.*

Julia... Julia!... no me oye (*se dirige
...acia ella*). Y bien, hija mia, ¿qué ha-
...es en esa ventana?

JULIA, *con tristeza.*

Miro ausentarse mi dicha.

RAYMOND.

Tu dicha?

JULIA.

El pobre Adrian, que habeis obligado
...partir.

RAYMOND.

Tú crees!...

JULIA.

¿No habeis dicho que un jóven que quisiere tomar estado debia crearse una posicion independiente?

RAYMOND.

Sí; y así lo creo.

JULIA.

¿Que no debia pensar en ello, sino cuando por su fortuna, ó por sus talentos, estuviere en estado de mantener á su muger y de educar á sus hijos?

RAYMOND.

Es verdad!

JULIA.

Ese pobre jóven lo ha tomado por él.

RAYMOND.

Ha hecho perfectamente, pues por él lo decia.

JULIA.

Por Adrian!

RAYMOND.

Por Adrian... sí, hija mia... Ese jóven e ha introducido en nuestra casa...

JULIA.

Decid que la Providencia le ha abierto las puertas... Acababais de heriros, se mandó á la ciudad á buscar un cirujano, y una casualidad hizo que se hablase delante de él de este accidente; se ofreció, le admitimos y os curó.

RAYMOND, *con jovialidad.*

Bien; pero yo no quiero que mi hija pague la cura de su padre.

JULIA. ...

Qué idea!

RAYMOND.

Despues de cicatrizada, el señor Adrian ha seguido viniendo á la granja; las visitas del amigo han sucedido á las del doctor... ¡Y como rehusarlas!... El doctor la echó de generoso, no quiso mi dinero.

JULIA.

Y ese desinterés, padre mio, ¿no es una rueba mas en favor de Adrian?

RAYMOND.

Desinterés... dí mas bien cálculo..... Una vez pagado el médico no hubiera vuelto mas, y esto no acomodaba al enamorado. Los que ya peinamos canas hemos tenido tambien esas ideas en nuestra juventud... y lo pasado nos ayuda á adivinar lo presente.

JULIA, *un poco seria.*

Como, padre mio, ¿habeis sido un cavallero? bueno!... bueno!...

RAYMOND.

Yo le hubiera dado pasaporte hace mucho tiempo... si no hubiese conocido que su corazon era excelente, su cabeza regular, carácter débil, que no se fija; pero incapaz de cometer una mala accion.

JULIA.

Oh! teneis mucha razon!...

RAYMOND, *sonriéndose.*

No es verdad?... Para las muchachas, el hombre que las encuentra bonitas, es

el mas honrado del mundo.... Julia, jamás (*con interés*) contrariaré tu inclinacion. Cuando un padre obliga á su hija á casarse con un hombre que no ama, la espone á grandes peligros, y es responsable de las inevitables resultas de un mal casamiento.

JULIA.

Luego me prometeis que no me casaré sino con el hombre que haya amado, con el que amo ya... vos lo sabeis como yo.

RAYMOND.

Pero el amor cesa muy pronto cuando es solo (*con naturalidad*). Si yo fuera rico, veria con placer pasar mi caudal á las manos de mis hijos. Apenas podemos al fin del año reservar algunos escudos por si tenemos granizo ó enfermedades..... es necesario pues que mi yerno, á quien no pido montes de oro, asegure al menos la existencia de mi hija.

JULIA.
 Cuando se ama de veras...

RAYMOND.

Se muere uno de amor y de hambre ; cosa por cierto nada agradable... ó bien!.. Escucha, tú eres una buena hija, llena de excelentes cualidades, por eso no quiero esponerte á un debate en que otras mas fuertes que tú han sucumbido..... ¡ tiene tan horrible aspecto la miseria! Adrian estudiaba medicina; ¿porque no ha seguido su carrera? porqué estar continuamente aquí, donde nada tenia que hacer, mientras sus estudios le llamaban á Montpellier? (*Julia quiere interrumpirle.*) Sé lo que vas á decirme para disculparle..... el placer de verte... de hacerte la corte... algunos celos... todo es excelente; pero es tiempo perdido... No es así como se llenan los deberes de hombre y se prepara uno á llenar los de esposo y padre..... En fin, me ha comprendido, ha marchado, es lo mejor que podia haber he-

cho (*sonriéndose*). Te ha jurado fidelidad eterna... le has prometido un amor in fin... Qué vuelva con su patente de médico, y yo te endozaré á su favor.

JULIA.

Sí, sí; volverá antes de lo que pensais.

RAYMOND.

Y dí, ¿has encontrado al escribano en Paris?

JULIA.

Sí, padre mio, calle de Tournelles: pero no es el que pensais.

RAYMOND.

Como?

JULIA.

Me habiais hablado de un anciano....
s un jóven.

RAYMOND.

Puede que Mr. Bertin vendiese la escribanía, y haya otro en su lugar; hacen años de un año que no pongo los pies en tu estudio.

JULIA.

Este caballero no se parece en nada á nuestros curiales : ríe, habla cantando : y no por eso es ridículo ni pedante , no tiene absolutamente aire de escribano.

RAYMOND.

De mi escritura de arrendamiento, ¿qué te ha dicho?

JULIA.

La ha examinado con bastante atención : y despues de haber hecho algunas señales con su lápiz, la ha doblado, y me ha dicho que os hablará antes de acabarse el día.

RAYMOND.

¿Le has insinuado que el intendente del duque de la Vaubaliere deseaba que la escritura quedase firmada hoy?

JULIA.

Ciertamente. Sabeis, padre mio, que es una dicha que este duque haya heredado de madama de Montaigú..... y sobre todo que tenga un intendente tan ama-

ble, tan corriente en sus asuntos. El primer día que vino aquí consintió al momento en renovar la escritura de la granja de la Jolais, y cuando le hablasteis de las pérdidas experimentadas el año último, de las tormentas, de los incendios... de su grado suprimió la mitad de los censos.

RAYMOND.

Sí... y todo eso (*sonriéndose*) mirándote... haciéndote cumplimientos...

JULIA.

Estoy tan acostumbrada á oírlos, que no hago caso de ellos.

RAYMOND.

Es lástima, porque me parece que nuestro intendente los hace con cierta elegancia....

ESCENA V.

LOS MISMOS Y EL DUQUE CON EL TRAJE DE SU INTENDENTE.

DUQUE.

Buenos dias señor Raymond (*Con maneras francas*). Salud á la amable Julia.

RAYMOND.

Confieso á fe mia que en vuestra exactitud sois la perla de los intendentes.

DUQUE.

Cuando el placer.... (*Volviéndose hácia Julia y despues hácia su padre.*) ó el interés me llaman á alguna parte , no acostumbro hacerme esperar.

RAYMOND.

Así parece.

DUQUE.

Creo haber tenido esta mañana la dicha de ver á la señorita Julia en Paris.

JULIA.

Si señor; fuí de orden de mi padre.

RAYMOND.

Fué á someter al exámen del escribano las cláusulas de la escritura.

DUQUE.

Y qué ha dicho?

RAYMOND.

Vá á llegar, y lo arreglaréis segun las formalidades de estilo; siempre que el señor Duque, vuestro amo, no se oponga á ello.

DUQUE.

Yo os respondo de él como de mí mismo.

JULIA.

Padre! padre! ved al escribano.

RAYMOND.

Tanto mejor.... vais á concluir este asunto entre los dos.

ESCENA VI.

LOS MISMOS Y MORISSEAU

MORISSEAU.

Señor Raymond....

RAYMOND.

Aquí estoy.

DUQUE.

Morisseau! (*Aparte*).

MORISSEAU.

Soy el que ha sucedido al difunto Bertin, he comprado su escribanía.

RAYMOND.

Y á sus clientes, como es justo. Señor, mi confianza ha debido formar parte de la venta... la dejo en la escribanía.

MORISSEAU.

Como lo habia ofrecido á vuestra hija.... he venido á haceros algunas observaciones sobre ciertos artículos.

RAYMOND.

Entendeos con este caballero (*Señalando al Duque*).

JULIA.

Es el intendente del señor duque (*A Morisseau*).

RAYMOND.

Pasaré por lo que determineis ; entre tanto voy á buscar una botella de vino de Suran Lon, que olvidaron beber en mi autismo.

(Vase con Julia riendo.)

ESCENA VII.

EL DUQUE Y MORISSEAU.

MORISSEAU.

¿Es con vos, caballero, con quien debo tratar?.. (*El duque se vuelve*). Cielos! qué veo !

DUQUE.

Qué teneis?

MORISSEAU.

No me equivoco.... es el señor....

DUQUE, *interrumpiéndole.*

Lambert, intendente del duque de la Vaubaliere.

MORISSEAU, *sonriéndose.*

Ah! señor duque, es humillarse demasiado; y pues que os agradaba cambiar de nombre, podiais haber elegido otro mejor.

DUQUE, *con serenidad.*

Aquí no soy mas que Lambert.

MORISSEAU, *con ironía.*

He comprendido perfectamente, monseñor; pero es muy probable que el señor Raymond y su hija no conozcan al señor Lambert que han recibido... es muy probable que ignoren que sus funciones cerca del duque de la Vaubaliere tienen por objeto introducirse en el interior de las familias, á fin de llevar el disturbio, el deshonor, y algunas veces la muerte.

DUQUE, *con viveza.*

Señor escribano, medid bien vuestras palabras.

MORISSEAU, *con alegría.*

Yo! oh! no tengo nada que temer: soy joven, no tengo muger que me corrompan, ni hija que me seduzcan.

DUQUE.

Señor Morisseau!

MORISSEAU, *con ironía.*

¿A quien tengo el honor de hablar? es al señor duque ó á su intendente? Si es este último, yo le diré: la escritura que me ha sometido, y que á primera vista parece estar en favor de los intereses de Raymond, es un lazo tendido á su buena fe.

DUQUE, *con viveza.*

Un lazo!

MORISSEAU.

Es al señor Lambert á quien me dirijo. Sin alterar las cláusulas principales de

la escritura, he estendido yo mismo un auto, al cual ruego al señor Lambert dé una ojeada.

DUQUE.

Caballero, abusais estraordinariamente de la posicion en que me habeis sorprendido.

MORISSEAU, *alegre.*

Tan pronto como el señor duque deje su disfraz, dejaré de hablarle del proyecto que ha concebido. El amante de la señorita Quinault está bajo el techo de Raymond. Seducir á una jóven inocente, sencilla, cuyo honor es su única fortuna, es una hazaña poco digna de uno de los amigos del regente; necesita su señoría conquistas mas difíciles, mas honoríficas.

DUQUE.

Encontradme, pues, en todos los salones del palacio real una tez tan hermosa, unos ojos tan vivos, tan bellos... Yo daria diez condesas y treinta marquesas

or una mirada de mi preciosa arrendadora.

MORISSEAU, *sonriéndose.*

Puede que las diez condesas y las treinta marquesas encontrasen ese cambio singular.

DUQUE.

¿Qué puede esperar Julia en la clase que su suerte la ha colocado?... Cuan mejor será para ella ser la querida de un gran señor, que ser la muger de un villano.... (*Con fatuidad*) Sobre todo, yo la amo, y me haré amar.

MORISSEAU, *con firmeza.*

No, monseñor

DUQUE.

Quien lo impedirá?

MORISSEAU.

Yo!

DUQUE, *con desprecio.*

Vos?

MORISSEAU, *con firmeza.*

Yo, que hablaré á la hija, y advertiré al padre.

DUQUE.

Si cometiereis esa imprudencia...!

MORISSEAU.

Resultaria un beneficio á toda la familia.

DUQUE, *alzando la voz.*

Caballero!

MORISSEAU, *imitándole.*

Monseñor!

DUQUE.

Lo tomáis en un tono bien alto.

MORISSEAU.

En una discusion, es necesario que los interlocutores estén siempre en el dia pason; de otro modo no habria forma de entenderse.

DUQUE, *impaciente y con resolucion.*

Os repito, por última vez, que la hij

e Raymond me agrada , y que será mia
an que tuviese que cubrir de oro el piso
e esta sala , y trasformar su cabaña en
n palacio.

MORISSEAU , *con frialdad.*

No la obtendréis.

DUQUE.

Aunque tuviere que perder mi nom-
re.

MORISSEAU , *arreatado.*

Tened cuidado que eso podria suceder.

DUQUE , *con viveza.*

Perder mi nombre !

MORISSEAU , *conteniéndose.*

Vuestro nombre supuesto , bajo el cual
s habeis jntroducido en una honrada
amilia....

DUQUE.

¿ No sabeis que todo lo puedo con el
egente ?

MORISSEAU , *con el mismo tono.*

¿ Y no sabeis que soy el escribano del

cardenal Dubois , que maneja al re-
jente? (*Con firmeza*). Señor duque, tome
bajo mi proteccion á la hija de Raymond
me juraréis respetarla, ó quito al momen-
to la máscara al señor Lambert.

DUQUE, *volviéndole la espalda.*

Perdeis la cabeza....

MORISSEAU, *con resolucion.*

Lo haré como tengo el honor de de-
círoslo.

DUQUE, *aparte.*

No habrá medio.... Ah! señor Moris-
seau, (*En voz alta*) no puedo prometer
renunciar á Julia, no; pero me compro-
meto, á fe de hidalgo, á no poner mis
los pies en la granja de Raymond desde
mañana.

MORISSEAU.

Desde mañana.... por vuestro honor

DUQUE.

Por mi honor.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, RAYMOND, UN MUCHACHO CON VASOS Y UNA BOTELLA. SE COLOCAN AL REDEDOR DE LA MESA EN PIE. SE HACE DE NOCHE.

RAYMOND.

Y bien, señores, ¿estamos de acuerdo?..

MORISSEAU, *con intencion.*

Casi... no ha sido sin trabajo, pero el señor Lambert se ha puesto por fin á la razon, y creo que sostendrá fielmente su palabra.

RAYMOND.

Falta saber si el señor duque ratificará la promesa de su intendente; aunque no creo que su señoría se cuide de estas frioleras.... algunos centenares de escudos mas ó menos no ocuparán su atencion, éstan tan rico ese señor.

(Julia coloca una luz sobre la mesa, y pasa á su cuarto con otra.)

DUQUE, *mirándola.*

¡Poseeis un tesoro que vale por todos los suyos!

RAYMOND.

Sois estremadamente cumplido... Vamos, á la salud de vuestro duque, que lo es tambien mio... Heme aquí su arrendador.

MORISSEAU.

A la salud del señor duque! que Dios le guie por buen camino!

DUQUE, *aparte beben, y rehusa beber.*

Sobre todo esta noche.

RAYMOND.

¿Qué decís de este vino?... mi padre lo trajo de su pais.

MORISSEAU.

Esceleute, bueno como la mano que lo ofrece.

DUQUE.

Señor Raymond, el deber me llama. Tengo un sentimiento en dejaros; pero no puedo prolongar mas mi visita.

RAYMOND.

Tratadnos sin ceremonia , señor Lambert ; yo espero que esta visita no será la última , la gente honrada vive para verse y estimarse.

MORISSEAU , *con intencion.*

Para protegerse mutuamente contra los atentados de los malvados de toda especie , que en el tiempo en que estamos no faltan.

DUQUE , *aparte.*

Sí ; habla , moraliza á tu placer mientras yo obro. A Dios, señores. Señor Morisseau , el duque hará todo lo que os he prometido en su nombre.

(Vase, y Raymond lo acompaña hasta la puerta.)

MORISSEAU.

Sí ; estoy en la obligacion de advertir a este hombre , y de preservar á su hija de una desgracia.

ESCENA IX.

MORISSEAU Y RAYMOND.

RAYMOND.

He aquí un buen muchacho: ¡tan llano, tan franco!...

MORISSEAU, *aparte.*

Pobre hombre! (*á Raymond*) Señor Raymond, teneis una hija muy bonita.

RAYMOND.

Circunstancia bastante grata para una jóven de lugar que posee una educacion esmerada, como que se encargó de ella una tia religiosa.

MORISSEAU.

A su edad... debe ser muy solicitada.

RAYMOND, *con alegría.*

He aquí el busilis. ¿Habeis presentido un contrato de boda?

MORISSEAU.

Porque no?

RAYMOND.

Estos escribanos no piensan dia y no

che mas que en su interés... Estoy seguro de que soñais en testamentos.

MORISSEAU , *alegre.*

Algunas veces.

RAYMOND.

Para casar á Julia hay una pequeña dificultad... Su futuro está ausente.

MORISSEAU.

Tanto peor !

RAYMOND.

Sí, tanto peor; ¿no es verdad?.. apuesto á que estabais listo para estender el contrato; pero no os faltará, á fe de Jorge, de aquí á un año.

MORISSEAU.

Un año !... De aquí allá , con una cara y un talle como el suyo , es imposible que vuestra hija deje de estar espuesta á seducciones de toda especie.

RAYMOND , *con orgullo.*

Poco á poco , ella es coqueta , sí , pero arrogante , y entendida sobre todo.

MORISSEAU.

Todas son entendidas cuando empiezan.

RAYMOND.

Los lisonjeros que se dediquen á ella perderán el tiempo. Julia ha hecho una eleccion , que yo apruebo , ama á un hombre honrado.

MORISSEAU.

Su corazon pertenece á otro , tanto mejor, esto es una guarnicion que defiende de la plaza ; pero muchas veces eso no arredra á los sitiadores.

RAYMOND , *con dignidad.*

Señor escribano , respondo de mi hija!

MORISSEAU.

Y yo tambien: estoy persuadido de que, advertida , tendrá la dicha de escapar de los lazos que le tiendan; pero nuestros señorones no hacen al bello sexo una guerra abierta y franca; y cuando no pueden triunfar por el ardid, se valen de la fuerza. ¿No tienen siempre á sus órde

nes una multitud de lacayos que se avergonzarian de parecer menos corrompidos que sus amos? ¿una porcion de amigos, compañeros de disoluta vida, que se glorian de tener parte en una mala accion, celebrando con algazara la deshonra de una pobre jóven, y contando por nada el dolor de la víctima y la desesperacion de sus parientes? Señor Raymond, creedme; puesto que vuestra hija tiene una tia religiosa, enviadla á pasar algun tiempo en el convento.

RAYMOND.

En el convento!

MORISSEAU.

Y no la permitais que salga, hasta la víspera del dia en que me enviéis á buscar para estender un contrato de boda.

RAYMOND.

Gracias por el consejo.

MORISSEAU.

Haréis bien en seguirlo.

RAYMOND.

Ese es otro negocio.

MORISSEAU.

¿Qué os importa?

RAYMOND, *con sensibilidad.*

Pensad que mi Julia es mi única dicha en la tierra... ¡Pobre niña, siempre he unido á ella todo mi afecto, mis esperanzas todas!... No soís casado... no soís padre.... no podeis comprender toda la dicha, la alegría que se experimenta en presencia de una hija, los embelesos y cuidados de que rodea nuestra existencia, y lo doloroso que seria una separacion.... Dios mio! lejos el uno del otro dejaríamos de existir... viviríamos en una inquietud continua; porque si yo no puedo vivir sin ella, ella tampoco puede vivir sin su padre (*con naturalidad*). ¿Quien diablos ha de venir á desenterrar á una pobre muchacha de una granja solitaria como la nuestra? Nuestros señores han menester magníficas y bellas damas,

on ropajes de seda , de terciopelo , con joyas de oro , de diamantes , que se aceptan engañando , y de que se las despojan temer sus enojos ; porque en este comercio de amor y de galantería la mentira y la perfidia forman la base principal.

MORISSEAU , *con fuerza.*

Es preciso hablaros con claridad , el delito que os indico existe.

RAYMOND.

Qué quereis decirme?

MORISSEAU.

Un señor de rango ha visto á vuestra hija... se ha enamorado.

RAYMOND.

Qué mas?

MORISSEAU.

Es rico y poderoso , capaz de emplear los medios mas criminales para conseguir sus fines.... El oro , la seduccion la violencia.

RAYMOND , *con fuerza.*

¡ Que no se me presente !

MORISSEAU.

Qué hariais ?

RAYMOND, *exaltado.*

Le mataria.

MORISSEAU.

Y vuestra hija comprometida..... deshonrada tal vez..... quedaria huérfana. Es mejor evitar un crimen , que tenerlo que vengar. Alejad vuestra hija.

RAYMOND.

¿Pues qué , no hay justicia , leyes en Francia , para proteger al pobre del pueblo ?

MORISSEAU.

Cuando el mismo príncipe está dando ejemplo de mala conducta...

RAYMOND.

Sí; cuando el gefe vale poco, los otros no valen nada , gracias por vuestro aviso... me aprovecharé de él.

(Se oyen romper vidrios ; los dos se paran sorprendidos.)

MORISSEAU.

Ruido !

RAYMOND.

En el cuarto de mi hija.

JULIA, *á dentro.*

Socorro! socorro!

RAYMOND.

Ah! corramos! corramos! la puerta
está cerrada!

(Busca un fusil para forzarla y da golpes con la
lata. La puerta se abre y aparece el duque.)

RAYMOND.

Lambert!

DUQUE.

No haya escándalo!

RAYMOND, *dando algunos pasos atrás le apunta.*

Miserable!

MORISSEAU, *bajándole el fusil.*

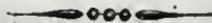
Qué haceis? es el duque de la Vauba-
ere.

(El duque abre su frac y enseña un cordon rojo.
Raymond deja caer el fusil.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO II.



En el palacio de la Vaubaliere.

(El teatro representa un salon abierto coloeado entre jardincs. A la derecha una chimenea y encima un gran espejo , poreion de sillones y un sofá.)

ESCENA PRIMERA.

MARTA Y EL DUQUE , este sentado.

MARTA.

Os lo repito, monseñor , no la reduci-
réis.

DUQUE.

Ba! ba! te asombras de poco , á mu-
chas otras he visto bajar la cólera en fuer-
za de mis cuidados.

MARTA.

No os sucederá lo mismo con esta; pues el corazón está por corromper.

DUQUE.

¿Me hubiera yo tomado tanto trabajo si hubiese creído que lo estaba? Pero tú sabes bien, Marta, que la honradez en estas jóvenes no es tan fuerte que pueda resistir á los tiros que se les acestan. Acuérdate de la última: la virtuosa Eudoxia, la hija de aquel joyero del anden de plateados: era un prodigio de virtud, y sin embargo, ¡cuan pronto se deslumbró con la brillantez de mis ofertas!

MARTA.

Sí; esa se ofuscó como otras muchas, porque era, como ellas, ambiciosa, coqueta... pero os pronostico que esta vez no seréis atendido: en este corazón tierno puro no hay semilla de vicio. No podréis encontrarle el flaco, no tiene ninguno.

DUQUE.

Descansa , y deja eso á mi cuidado.

MARTA.

En toda la noche no ha tenido mas que un pensamiento, no ha arrojado mas que un solo grito!... *Mi padre! Quiero ver á mi padre!*

DUQUE.

Le verá... mas tarde... no estoy en la idea de detenerla hasta despues del último fallo.

MARTA.

A su llegada estaba en un completo estado de desesperacion. Ha empezado por rehusar bajar del coche; pero sus fuerzas han hecho traicion á su valor. Pablo y Lorenzo la han conducido á la habitacion del primero. Despues de algunos minutos, me presenté á ella manifestándola mi respeto , mi sumision á su mas mínima voluntad... Mi voluntad, dijo , es la de salir de aqui al momento. Le respondí que era imposible , que la obscuridad

o le dejaria ver el camino que habia
aido, ni menos encontrar el que le con-
duciria al lado de su padre. La compro-
metí á que pasase aquí la noche; asegu-
randola que no corria ningun riesgo. He
ngido estar de su parte con el fin de
obtener su confianza; pero no he podido
trancarle mas palabras que éstas : *Quie-
re ver á mi padre.*

DUQUE.

Conversacion sumamente divertida!

MARTA.

Ignora donde se halla, su raptó le pa-
rece un sueño, dice que no tiene enemi-
gos.

DUQUE.

No la he arrebatado yo como tal.

MARTA.

Tambien llama en su ayuda á todos los
antos del paraíso, contra una traicion
que dice no tiene ejemplo. Pobre muchacha!
si conociera á todas las que el se-

ñor duque ha hecho el honor de hacerme
traicion antes que á ella!

DUQUE.

Y esta mañana....

MARTA.

No se ha acostado ; ha pasado toda la
noche orando. Esta mañana estaba un
poco mas tranquila , y esta tranquilidad
anunciaba una resolucion firme. Esa jó-
ven está poseida de la religion ; monse-
ñor , creedme , devolvedla á sus parien-
tes. Si esta ocurrencia se trasluciera , po-
dria incomodaros y trastornar el casa-
miento que teneis proyectado... Vamos
monseñor , dejadla en libertad.

DUQUE.

¿No es verdad que es hechicera?

MARTA.

Sí , sí , hechicera ; y lo que es mejo-
r todavía , discreta.

DUQUE.

¿Y quieres que renuncie á la nueva sa-
tisfaccion para mí de luchar contra un

Jóven que combate mis intentos con discrecion y valentía? Esto es magnífico!... Es un fénix que jamás he encontrado , y que tendré buen cuidado de no dejar escapar... ¡ El regente mismo daría su fortuna por estar en mi lugar!... Anda, vuelve á hablar á tu protegida, calma sus penas, y prepárala á recibirme... Dile que su buen ángel va á conducirme á sus pies... y esté bien segura que dentro de algunos meses la señorita Julia me agradecerá haberla arrojado en un mundo , donde todos nuestros señores se disputarían el honor de eontinuar su educacion.

MARTA , *aparte.*

¡Si jamás triunfaseis de esta !

(.Vase.)

ESCENA II.

EL DUQUE SOLO.

DUQUE.

Pobre Marta , es bastante necia para creer... Seria una demencia querer lu-

char contra el torrente. Modestia bajo la regencia... sería engañar al siglo.

ESCENA III.

DICHO, Y MORISSEAU.

MORISSEAU, *se adelanta y se anuncia como lo haria un lacayo.*

El señor Morisseau!

DUQUE.

Quien es... ¿vos aquí, caballero?

MORISSEAU.

Sí, señor duque: como no hay un alma en la antesala, he tomado el partido de anunciarme yo mismo.

DUQUE, *con altivez.*

¡Sois muy atrevido... muy temerario!...

MORISSEAU, *de buen humor.*

Y vos excelente, ni teneis atrevimiento, ni temeridad, monseñor... La ruta es hermosa, los caminos seguros; y aunque este palacio esté situado en los confines del bosque, creo que en su mansion no

may peligro alguno; y aunque lo hubiera, nuestra costumbre como notarios apostólicos de hacer testamentos continuamente nos familiariza con la muerte.

DUQUE.

Me parece, caballero, que olvidais con quien hablais.

MORISSEAU, *con ironía muy marcada.*

Dios me libre! Hablo con un señor distinguido de la corte del regente, que ayer noche se burló de mí del modo mas cruel del mundo.

DUQUE.

¿Creo, que no vendréis á hacerme perder tiempo con un asunto tan ridículo?

MORISSEAU.

No puedo menos, monseñor, de declararos que el hombre que habeis tan inhumanamente ofendido ha recurrido á mí.

DUQUE, *con desprecio.*

A vos!

MORISSEAU.

Cuando uno se ahoga se coge á las mas pequeñas ramas, y á veces encuentra una que le salva. Tengo un pariente que nada puede hacer , es ayuda de cámara del regente... He dado al señor Raymond una carta para él, á fin de que le procure los medios de que llegue hasta su señor.

DUQUE.

¿Y creéis que el príncipe vaya á perder siquiera cinco minutos, escuchando las jeremiadas de ese buen hombre?

MORISSEAU , *con frialdad.*

No tengo duda alguna : el regente gusta de los placeres , es verdad ; pero es hombre de honor ; es bueno , generoso y ama al pueblo, acoge con interés las quejas que se le dirigen : sabe que los príncipes nunca son mas grandes que cuando escuchan á los pequeños.

DUQUE.

¡Si todas las jóvenes que se dejan arrebatar tuviesen que acudir al regente!...

MORISSÉAU.

Las que se dejan arrebatadas no tienen necesidad de acudir á persona alguna, hay de su parte tácito ó formal consentimiento, han puesto su virtud á subasta.... el precio ha decidido... Tenemos en la escribanía de mi antecesor varios contratos de esa especie (*animándose*). Pero cuando á una hija honrada y modesta se la arranca por medio de la violencia del lado de sus parientes; entonces, señor duque....

DUQUE, *con frialdad.*

Se arregla uno con la familia.

MORISSEAU.

¿Y cuando la familia, indignada, desecha con horror las proposiciones de un seductor poderoso?

DUQUE.

Se la deja gritar, quejarse y gemir....
Luego, en esta clase de aventuras, la tima hace bien pronto olvidar las penas.

MORISSEAU.

Es posible... Pero señor duque, después del rapto de la hija de Raymond, ningún nuevo escándalo ha venido á hacer olvidar el primero.

DUQUE.

Escándalo! palabra encantadora! y muy linda para empleada en el tiempo de ese que habeis llamado el gran rey; que reinaba en Francia á la discrecion de la Maintenon. La moral entonces estaba en boga, tenia entrada en la corte... Así en esta época habia enmascarados de toda especie; pero desde que Luis XIV murió tenemos un vicio menos, la hipocresía vamos con la cara descubierta, no ocultamos ni nuestros amores, ni nuestras queridas. ¿Y con qué derecho el regente tomaria por un crimen una pasión que tantas veces ha sufrido la dichosa influencia?... ¿Qué es al cabo la existencia de una familia oscura, cuyo nombre no ha herido jamás los oídos del príncipe

comparada con una de las primeras ramas de la nobleza de Francia, cuyos derechos, ilustracion y privilegios son anteriores á los de la casa reinante? Caballero, el regente no olvidará jamás las consideraciones que debe á la Vaubaliere. Contamos desde setecientos sesenta y cuatro, y éramos ya rancios hidalgos cuando el conde de Paris y de Orleans no habia tenido la idea de fundar una tercera raza de reyes de Francia... No me opondré á que nuestro Raymond vaya á aturdir al regente con sus paternales quejas: amo á su hija, y poder alguno la arrebatará á mi amor.

MORISSEAU.

A fe mia, al extremo á que han llegado las cosas, prefiero esta franca esplicacion á manejos cuya política disfrazaba la falsedad... Por lo que hace á mí, colocado entre los dos partidos, sin reusar mi apoyo al uno, ni mis consejos al otro, he dicho á Raymond: *Quejaos*;

y al señor duque de la Vaubaliere diré : *La accion que habeis cometido no es de un hidalgo.* Todo noble por su posicion está comprometido á portarse mejor que ningun otro. Daos prisa á enmendar este yerro , ó temed los resultados de una venganza terrible... Señor duque, esto puede empeorarse.

DUQUE, *con política y frialdad.*

Sí; ¿ es eso cuanto teneis que decirme?...

MORISSEAU.

Por el momento...

DUQUE, *saludándolo como para marcharse.*

He tenido un verdadero placer en recibirlos, señor Morisseau.

MORISSEAU.

Perdonad , señor duque ; antes de despedirme tengo que manifestaros un documento que no está corriente.

DUQUE.

Qué es?

MORISSEAU.

La escritura de la granja de la Jolais ,
que vuestro intendente me dictó ayer , y
que se encargó de hacer ratificar por vues-
tra señoría.

DUQUE.

No es mas que eso ? Temiais mi pala-
ra ?

MORISSEAU.

Por lo mismo, monseñor , vengo á re-
clamar vuestra firma. Los recaudadores
no registran las palabras, y una escritu-
ra no tiene valor sino despues de pasada
por las garras de estos señores.

DUQUE, *firmando.*

No era necesario incomodarme por tal
pequeñez.

MORISSEAU.

No he venido puramente con este ob-
jeto. Este palacio está situado en el ca-
mino del de la señora marquesa de Lu-
ersac , de quien soy escribano.

DUQUE, *levantandose.*

¿Sois el escribano de la marquesa de Lubersac?

MORISSEAU.

Escelente clienta.... jóven, rica, bonita..... y jamás se para en los gastos (*saludando*): Tengo el honor...

DUQUE.

Un momento !...

MORISSEAU.

Me aguardan en su palacio. La familia debe reunirse hoy; y como además de estimarla sobre manera, esté agradecido á lo mucho que me ocupan, debo ir al momento: todos los meses tenemos que hacer para ella mil diligencias, testamentos, inventarios, causas, transacciones, ventas..... ¡qué sé yo! Esta familia sola puede hacer la fortuna de una escribanía de provincia.

DUQUE.

En efecto, madama de Lubersac es muy rica.

MORISSEAU.

Es muger de diez y ocho millones, y algun pico de que no hago mencion..... Todos nuestros grandes, viudos y solteros tienen sus miras en este caudal... Mama la marquesa ha tenido ya la satisfaccion de desatender á varios, y los que quedan redoblan sus esfuerzos para conseguirla. Entre sus adoradores que gozan de mas favor, citan al vizconde de Cayus, que la duquesa de Berry apoya considerablemente; y á cierto duque protegido por el regente.

DUQUE.

Ese soy yo cabalmente.

MORISSEAU.

Lo dudaba monseñor; pues las noticias que me han pedido... (*saludando.*) Tengo el honor....

DUQUE.

Teneis mucha priesa!...

MORISSEAU.

Los escribanos han de ser exactos; el

cliente que los espera puede impacientarse, mudar de idea... y ved un negocio perdido para la escribanía.

DUQUE.

Y esas noticias que desean?

MORISSEAU.

Ya las poseo.

DUQUE.

Y puede saberse?

MORISSEAU.

Se me ha pedido una nota del caudal del señor duque, y me he encargado de presentar la factura de sus hipotecas.

DUQUE.

Señor Morisseau, sois un hombre honrado.

MORISSEAU.

Lo creo, monseñor.

DUQUE.

Teneis probidad.

MORISSEAU.

Virtud nada comun en los que ejercen mi profesion.

DUQUE.

¿Pero esa probidad , no os cerrará los ojos cuando se trata de vuestros intereses ?

MORISSEAU.

Absolutamente , monseñor ; mas bien se pondrá en el caso de abrirlos.

DUQUE.

Escuchadme : hace mucho tiempo que se trata de una union entre la familia Luersac y la mia : el regente desea enlazar nuestros nombres.

MORISSEAU.

Puede que ayer tuviera esos deseos.... pero hoy no será esta su opinion.

DUQUE.

Desengañaos : los lamentos de vuestro protegido no servirian de nada. Yo adoro a Julia y me desposaré con la marquesa. El casamiento y el amor no tienen nada de comun... Ofrezco al arrendador Raymond mi proteccion , y doscientos mil

francos, que tomará de lo mas bien parado de los bienes de mi muger.

MORISSEAU.

Señor duque , ¿ quereis que hable á la señora marquesa?

DUQUE.

Lo que quiero, caballero, es un completo silencio.

MORISSEAU.

¿Respecto á las cualidades de monseñor?

DUQUE.

Particularmente sobre lo que ha pasado en la granja de la Jolais. No porque yo tema la publicidad de una aventura igual á cien otras ; que no sería para la marquesa mas que una memoria de las mil locuras con que ese pobre Lubersac ha sembrado su carrera conyugal..... pero comprendedme bien, señor Morisseau... permaneced mudo, y veinte mil libras para vos y doscientas mil para la familia de Raymond.

MORISSEAU, *inclinándose.*

Monseñor... prometió guardar secreto sobre lo que vuestra señoría ha tenido la bondad de proponerme.

(Saluda y se va.)

ESCENA IV.

EL DUQUE SOLO.

Insolente! ah! si no fuese el escribano de la marquesa yo castigaria su audacia! La debilidad del regente anima estas familiaridades; por él todas las clases se hallan confundidas; el otro dia tuvo valor de dar razon á un plebeyo que pleiteaba contra un noble!... Dichosamente la regencia toca á su término; un nuevo reinado dará á la nobleza las prerogativas de su nacimiento, sus derechos, el derecho de hacerse justicia!

ESCENA V.

DICHO Y UN CRIADO.

CRIADO, *entrando.*

Monseñor, el señor regente de Francia entra en este momento en palacio.

DUQUE.

El regente! vuelo á su encuentro.

(En el momento que se dispone á salir, se ve entrar con la escolta del duque una porcion de pajes, gentiles hombres, etc.)

PAJE, *anunciando.*

El regente!

ESCENA VI.

EL REGENTE, EL DUQUE, SABRAN, DARGENVILLE, GENTILES HOMBRES, PAJES, LA-CAYOS, ETC.

REGENTE, *desde adentro á varias personas.*

Señores, señores... que no maltraten á ese hombre, que no se le pierda de vista... quiero interrogarle yo mismo.

DUQUE.

Gran Dios! Vuestra alteza demudado.....

REGENTE.

No es nada. Desde mi salida del palacio real me ha seguido un hombre, cuyos torvos ojos, palabras breves é interumpidas, han inspirado algun temor á mis guardias, y lo han alejado de mí persona. Lo habia perdido de vista, y me creia libre de él, cuando á la entrada del bosque se ha presentado de nuevo; sus facciones alteradas y su ropa en el mayor desórden... ha corrido hácia mí, se ha arrojado á la cabeza de mi caballo... Al grito de espanto lanzado por los que me rodeaban, ha caido rendido de cansancio, y me ha costado un trabajo inmenso impedir que con el ardor que lo animaba lo inmolasen á mi seguridad.

DUQUE.

Príncipe, ¿y si ese hombre tuviese ma-

los designios? Si fuese un emisario del conde de Laval?

REGENTE, *á la Vaubaliere.*

Sabrémos eso mas tarde. Mi querido duque, solo por vos he venido aquí.

DUQUE.

Vuestra alteza me honra.

REGENTE.

El viento lo teneis favorable... He manifestado á los Lubersacs vuestro deseo de entrar en su familia, y he encontrado muchos obstáculos de los que creía; me ha hecho algunas objeciones sobre vuestra relaciones...

DUQUE.

Cuando vuestra alteza se digna honrarme con su amistad....

REGENTE.

Oh! los Lubersacs no son de éstos tiempos, son honrados hidalgos del último siglo. Miran todavía el tener una querida como un crimen. No sé quien les ha costado vuestras locuras con la señorita Qu

haut !... Yo les he manifestado que estas relaciones se habian concluido.

DUQUE.

Ah! monseñor cuantas bondades!

REGENTE.

Así es , mi querida la Vaubaliere que el negocio está en buen pie; ahora su buen éxito depende de vos. La marquesa no es vuestra contraria , y aunque os eeha en cara un poco de ligereza , se conoce que desea deberos un taburete en la corte... Los muchos parientes de que está rodeada, que ejercen sobre sus determinaciones una fuerte influencia , no son con mucho tan indulgentes como ella , y lo esencial es ponerlos de vuestra parte. Vamos, duque, una buena resolucion, tregua á los alegres placeres , á los locos amores , reforma completa, la mano de una rica heredera en merece un mes de juicio.

DUQUE , *aparte.*

¡ Si supiese que en este momento !...

DARGENVILLE.

Como decia Enrique IV , el abuelo de vuestra alteza : Paris bien merece...

REGENTE , *al duque.*

Sí , en este mundo cada cosa tiene su precio. Es un sacrificio momentáneo que os debéis á vos mismo , á vuestro nombre , cuyo brillo va á elevarse con este enlace.... Yo exijo vuestra palabra....

DUQUE.

Mi príncipe , yo no reconoceria dignamente el interés que os dignais tomar por mi fortuna si tardase un momento en prometeros.... conformarme con los deseos de vuestra alteza real.

REGENTE.

Bien.

DUQUE , *aparte.*

¡ Con tal que no vaya á descubrir !...

REGENTE.

Avisad á vuestros guardias , á vuestros monteros : saldremos á caza antes de volver á Paris.

(El duque se va con varios.)

ESCENA VII.

LOS MISMOS MENOS EL DUQUE.

REGENTE.

Sabran , decid á Farincourt que conduzca aquí su prisionero.

SABRAN.

Sí , mi príncipe.

(Vase.)

REGENTE.

Y bien , señores , ved las grandes fiestas que se preparan para la coronacion de Luis XV en Reims. El año próximo el rey será mayor de edad , su corte será brillante , numerosa ; la mia triste y desierta , es el curso de las cosas... homenaje al sol saliente , las gracias vienen de él.

DARGENVILLE.

¿ Quien podrá olvidar las que debemos á vuestra alteza ?

REGENTE.

Quien ! el primero de vosotros que crea este olvido útil á su ambicion.

TODOS.

Ah ! príncipe !

REGENTE.

Oigo á Farincourt. Ahora sabrémos que intenciones eran las de este hombre, que nos ha seguido tan tenazmente.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS Y RAYMOND, CONDUCIDO POR FARINCOURT Y ALGUNOS GUARDIAS DEL PRINCIPE.

REGENTE.

Acércate, y habla sin temor. ¿Qué quieres de mí?

(Los caballeros se retiran al fondo del teatro.)

RAYMOND.

Lo que me debeis , monseñor.

REGENTE.

¿Lo que te debo?

RAYMOND.

Tanto á mí como á los demas : justicia.

REGENTE.

Cierto.

RAYMOND.

Contra un traidor , un miserable , un infame que me ha robado lo que yo tenia mas querido en el mundo , que se ha introducido en mi casa.... que se ha... Ah! si lo tuviese en mi poder no pediria justicia á nadie !

REGENTE.

¿ Y ese hombre dices te ha robado lo que tenias mas querido ?

RAYMOND.

Mi hija... mi hija querida... un ángel... mi hija... mi alegría... mi dicha... tan hermosa , tan buena... el retrato de su madre... una criatura celestial!... Ah! yo hubiera querido que vos mismo la vieis!... (*conteniéndose*) No, no, no lo hubiera querido! no!

REGENTE.

¿ Y como es que tu hija?...

RAYMOND.

Oh! yo lo buscaré , lo mataré , porque aun cuando sea un gran señor , no por eso tiene la piel mas dura que la nuestra.

LOS CABALLEROS.

Insolente!

REGENTE , *yendo hácia ellos.*

Señores , es un padre que el dolor estravía. Dejadme solo con él ; no tenemos que reconvenir á un hombre que pide justicia á su príncipe.

(Vanse todos.)

ESCENA IX.

EL REGENTE Y RAYMOND.

REGENTE.

Estamos solos , cálmate.

RAYMOND.

Calmarme!

REGENTE.

Ordena tus ideas , ¿te quejas de un rapto?

RAYMOND.

Sí, monseñor.

REGENTE.

¿Pero estás bien seguro de que tu hija estuviese absolutamente agena?

RAYMOND.

Mi hija! mi Julia! ella! ah! sois bastante desgraciado, pues no creéis en la virtud!

REGENTE.

Sí... sí, creo en ella; pero el amor, la ambicion, el deseo de brillar tienen tanto imperio sobre un corazon jóven; hay sentimientos, debilidades, que son un secreto para un padre.

RAYMOND.

Ah! príncipe, no me habeis comprendido! mi Julia es pura... la violencia... Miserables, á pesar de sus gritos, de su desesperacion, la han arrancado espirante del techo paterno... la noche!... la noche, príncipe mio!... y yo inmóvil, inleciso, fascinado á la vista del agresor!

Ah! Dios mio, perdonadme el no haberle muerto!

REGENTE.

¿Pero ese hombre, quien es?

RAYMOND.

¡Un cobarde... que ha venido á mi casa, que ha tenido la bajeza de tomar el nombre de su lacayo!... que se ha sentado á mi mesa!... que me llamaba su amigo!... su amigo! cuando trataba de deshonrar á mi hija!

REGENTE.

¿Pero en fin su nombre?...

RAYMOND.

Su nombre... lo tengo aquí; no puede salir... ah! es que desde ayer he sufrido tanto!... Príncipe mio, ¡que Dios os preserve de una pena tan cruel!... su nombre... ah! yo le reconoceré aunque pasen cien años!... siempre le tengo delante de mi vista... siempre me hallo dispuesto á arrojarme á él... á destrozarle... Su nombre!... ah! el duque de la Vaubaliere.

REGENTE.

Desdichado, estamos en su casa.

RAYMOND.

En su casa!

REGENTE.

En su palacio.

RAYMOND.

Donde está? donde está?

REGENTE.

Tranquilízate.

RAYMOND.

Ah! No creansustraerlo á mi venganza.

REGENTE.

Ni una palabra mas.

RAYMOND.

Que me calle!

REGENTE.

Sí.

RAYMOND.

¿Vais pues á hacerme justicia?

REGENTE.

El rey de Francia la debe á todos sus súbditos.

RAYMOND.

Hareis bien! arrebatat un hijo á su padre... infamar una familia honrada... sumirla en el dolor... hacerla morir de vergüenza y desesperacion... ¡tales crímenes pueden quedar impunes!... Mi hija... que no me vuelvan mi hija... miserables!... ningun freno los contiene!... ¿Y sabeis de que ejemplo se autorizan para entregarse á sus culpables escesos?... Sabeis lo que osan decir para justificar sus desaciertos?

REGENTE.

Sí, sé á cuanto se atreven.

RAYMOND.

Ah! que á falta de castigo en la tierra, la justicia divina les alcance al menos una vez, y los llene de espanto; que en lo venidero los padres no tiemblen por sus hijos... que la inocencia repose con seguridad bajo el techo del pobre... que nuestras esposas, nuestras hijas, estén al abrigo de la seduccion, de la violencia... Ah!

ado Príncipe, todos los dias rogaré-
s á Dios por vos... por los vuestros....

(Va á arrodillarse.)

REGENTE.

Levántate... te he prometido justicia, y
tendrás.

RAYMOND.

¡Sí, la tendré!

(El regente toca la campanilla ; sale Farincourt.)

REGENTE.

Farincourt, conducid de nuevo á ese
hombre, y cuidad que no tenga comu-
nicacion con ninguno del palacio.

RAYMOND.

Vuestra alteza me prohíbe el medio
...

REGENTE.

No tienes mas confianza en mi pala-
cio?

RAYMOND, *saliendo.*

¡Sí, sí, mi príncipe : pobre hija mia, yo
volveré á ver.

(Vase.)

ESCENA X.

EL REGENTE SOLO.

El dolor de este hombre me ha conmovido, ah!... he cerrado muchas veces los ojos sobre las malas acciones de mis nobles... ¡y la Vaubaliere se conduce a en el momento mismo en que por una rica union trato de elevar su casa!. Así se burla de la palabra que me he dado!... á mí.... al regente de Francia!.... Estos señores confían demasiado en mi bondad , en mi debilidad cometen sus crímenes bajo la protección de los míos.... Este pobre hombre habrá implorado en vano la justicia del rey... En Francia el pueblo es benéfico y fiel á sus señores... tendrá entera y plena satisfaccion.... Ved aquí al duque!. disimulemos.

ESCENA XI.

REGENTE, EL DUQUE Y CABALLEROS.

DUQUE.

Monseñor, la batida está reunida en el
io de palacio, no aguarda para empe-
la caza mas que las órdenes de vues-
alteza real.

REGENTE.

Vamos, señores, marchemos. ¿No sois
los nuestros, la Vaubaliere?

DUQUE.

Si su alteza se digna permitírmelo, ten-
e el honor de reunirme mas tarde.

REGENTE.

Como querais, os dejo en libertad.

(Vase con los caballeros.)

ESCENA XII.

EL DUQUE, SOLO.

Al fin respiro! el menor azar podia ha-

ber hecho sospechar ó descubrir el paradero de Julia!

(Se oye ruido de la batida que se aleja.

Pero todos se van! Entretanto aprovecharemos el momento en que me halla solo para ofrecirme á sus miradas, para calmar su cólera.

(Se mira, y se compone.)

ESCENA XIII.

EL DUQUE Y MARTA.

MARTA, *sale corriendo.*

Monseñor! ah monseñor! venid, venid!

DUQUE.

¿ Qué ha ocurrido?

MARTA.

¡ Venid, venid á impedir una desgracia!

DUQUE.

Como?

MARTA.

Mientras yo servia el almuerzo á la se

orita Julia , se ha apoderado de un cu-
billo , y ha amenazado herirse á mi vis-
ta si rehusaba darle la libertad.

DUQUE.

¿Y has podido creer en este acceso de
terror?...

MARTA.

Lo hubiera hecho ! Es una cabeza !...
Yo la he prometido sin saber lo que me
ocurría... y me he apresurado á buscaros..
¡Vedlos!

DUQUE.

Qué tienes?

MARTA.

Vedla ! vedla !

(Vase.)

(Julia se presenta á la puerta ; Marta huye.)

ESCENA XIV.

EL DUQUE Y JULIA.

JULIA.

Mi padre !... mi padre... quiero ver á
mi padre !...

DUQUE.

Calmaos.

JULIA.

No os acerqueis !

DUQUE.

¿El amante mas tierno, el mas sumiso,
puede inspiraros temor ?

JULIA.

Cielos !... mis ojos no me engañan....
el intendente del duque.

DUQUE.

El duque mismo, quenada ha omitido
para poseeros.

JULIA.

Qué infame traicion !

DUQUE.

Esta traicion no tiene otro objeto que
vuestra dicha.

JULIA.

Mi libertad ! yo lo olvidaré todo.

DUQUE.

La libertad... Julia....

JULIA.

¿Y con qué derecho osais detenerme
quí á mi pesar ?

DUQUE.

Este derecho lo puedo con la violen-
a , con la sinceridad de mi amor.

JULIA.

¿Qué he hecho , qué hago para atraer
vuestras miradas ? para animar un amor
que no se revela sino por un crimen ?

DUQUE.

Mientras mas culpable os parezca, mas
obligacion tendréis de creerme.

JULIA.

Me quereis perder ?

DUQUE.

Quiero obligaros á participar de mi
amor.

JULIA.

A mí!... ¿y por donde os he merecido
esta tan mala opinion ? Participar de
vuestro amor ? el amor de un duque ?
No , no , monseñor , me estimo demasia-

do para aceptar el humillante honor que
quereis hacerme.

DUQUE.

Ah! Julia , que mal me comprendeis!..
El amor que experimento es una de
aquellas pasiones imperiosas que no en-
cuentran obstáculo alguno , ó mas bien
que triunfan de todos los que quieran
oponerle... ;Yo te amo Julia, yo te adoro!
y por poseerte daría...

JULIA.

Ah! soy muy desdichada.
(Caen en un sofá.)

ESCENA XV.

DICHOS Y UN CRIADO.

CRIADO, *en voz baja.*

Monseñor.

DUQUE, *yendo hácia él y hablándole bajo.*

Qué hay ?

CRIADO.

El hombre que está abajo incomuni-
cado...

(83)

DUQUE, *bajo*.

Qué?

CRIADO, *bajo*.

Es Raymond el arrendador.

DUQUE, *bajo*.

Raymond!

CRIADO, *bajo*.

Grita, alborota y arma una bata-
hola...

DUQUE, *bajo*.

Gran Dios! si ella lo oyese! Ve al mo-
mento, que lo tranquilicen, que lo ale-
jen á cualquier precio!

(Le da una bolsa y lo empuja.)

ESCENA XVI.

EL DUQUE Y JULIA, LEVANTANDOSÉ.

JULIA.

Señor duque, he tomado mi resolu-
cion. Yo no creo en la sinceridad de vues-
tras palabras; y si creyera ¿qué podria
responder? Vais á abrirme las puertas

del palacio , á darme un guia, que podrá volverse cuando me haya puesto en el camino de la granja de la Jolais..... Yo me callaré lo prometo ante Dios! Yo olvidaré el nombre de mi raptor..... jamás saldrá de mi boca; pero si rehusáis, yo os declaro que en el mismo instante , y por todos los medios que estén en mi poder.. llamo en mi auxilio , y por el dia mis gritos serán oídos!

DUQUE , *sonriéndose.*

De mis criados.

JULIA.

Vuestros criados!... no serán á ellos solos á quienes mis gritos atraerán á este sitio ; y cuando en medio de los estraños que hayan acudido , yo diga salvadme de este hombre que me persigue , que ha jurado mi pérdida , mi deshonor y el de mi familia... ¿creeis que haya uno siquiera que no venga á colocarse entre los dos para libertarme de vuestro horrible amor?

DUQUE.

Sí, porque con una sola palabra los contendré.

JULIA.

Vos!..

DUQUE, *con hipocresía.*

Diciéndoles ; este amor de que se queja es tan puro como su bella alma... ella se inquieta por una pasión absolutamente legítima !... Pero es de mi nombre, de mi rango de lo que quiero hacerla partícipe... es en mi mano donde quiero colocar la suya.

(El regente entra.)

ESCENA XVII.

LOS NIÑOS, EL REGENTE, MORISSEAU Y RAYMOND.

REGENTE, *colocándose entre los dos.*

Que hagan venir un sacerdote y un notario.

DUQUE, *sorprendido.*

Cielos! el regente!

JULIA , *con alegría.*

Ah!...

MORISSEAU , *entrando con Raymond.*

Un notario! heme aquí. Traigo conmigo cuanto se necesita para un contrato de boda.

RAYMOND , *corriendo á Julia.*

Hija mia !

JULIA , *se arroja á sus brazos.*

Padre mio !

REGENTE.

Duque, este hombre ha venido á quejarse , ha pedido justicia.

DUQUE , *sonriéndose.*

Justicia.

REGENTE.

Se la he ofrecido en nombre de Luis XV.

DUQUE.

Alteza... confesaré mis faltas , son de la clase de las que se perdonan fácilmente. Trastornado por una pasión que la hermosura de esta jóven hace disculpable , he querido hacerme amar , he probado todos los medios de agradarle.

RAYMOND , *sin poderse contener.*

Príncipe mio ! ha atropellado mi casa ,
ha entrado á viva fuerza , y la ha hecho
arrebatar por sus criados..... Ah ! sin el
scribano le hubiera hecho caer frio.

REGENTE.

Duque , se trata de un rapto , y la ley
es inexorable en este punto.

DUQUE , *con un poco de ironía.*

Monseñor sabe bien que la ley está
en desuso. ; Estas cosas se han hecho tan
comunes !

REGENTE , *con severidad.*

Señor de la Vaubaliere , estais aquí de-
ante de vuestro juez.

DUQUE , *sorprendido.*

Qué ! vuestra alteza toma seriamente
este negocio !

RAYMOND , *aparte , enseñando sus puños.*

Si estuviésemos los dos solos !

REGENTE , *con frialdad.*

Responded.

DUQUE.

Convengo en que la virtud de la seño-

rita ha resistido á todos mis ataques.....
y ofrezco á su padre, y á ella misma, cuya
modestia publico altamente, una repara-
cion solemne. ¿Qué haceis ahí?

(A Morisseau que escribe.)

MORISSEAU.

Tomo testimonio de vuestras palabras,
para que la reparación sea auténtica.

DUQUE.

Y en indemnizacion de la falta de que
se queja el señor Raymond le dejo en
propiedad la granja que en la actualidad
labra!... Es pagar cara una calaverada.

MORISSEAU.

Sigo escribiendo.

REGENTE, *mirando á Julia.*

La preciosa duquesa ¿qué dice á esto?
(A Raymond.) Y vos señor Raymond es-
tais contento?

RAYMOND.

No príncipe mio : en nuestra familia
el honor no se vende ; si se vendiese, el

tesoro del rey de Francia no bastaria para comprarlo.

DUQUE.

Es difícil de contentar el señor Raymond.

RAYMOND.

Yo tenia un hermano : un seductor se introdujo en el cuarto de su esposa ; mi hermano lo sorprendió , y lo mató. Los tribunales de Rennes no osaron condenarlo. Si su alteza me permite hacer otro tanto.

REGENTE.

No por cierto.

DUQUE.

Pero en fin ¿ qué quereis ?

RAYMOND.

Justicia y reparacion.

REGENTE.

Duque , no veo mas que un medio para sacaros de este mal paso.

DUQUE.

¿ Cual es , príncipe mio ?

REGENTE.

Sois noble.

DUQUE.

Me glorio de ello.

REGENTE.

Un noble no tiene mas que una palabra.

DUQUE.

No he faltado jamás á la mia.

REGENTE.

Dad pues vuestra mano á esta señorita ; su juventud , su virtud y hermosura, la hacen digna de la union que le proponiais hace poco.

MORISSEAU.

He aquí á Raymond en la nobleza.

JULIA , tímida.

Pero , monseñor...

DUQUE , con despecho.

Vuestra alteza exigiria!...

MORISSEAU , al duque.

Cuando yo os dije que esto podria empeorarse.

RAYMOND.

Esta es justicia.

DUQUE.

Suplico á vuestra alteza considere...

REGENTE.

Mañana, en la capilla del rey, su li-
osnero bendecirá vuestra union.

JULIA.

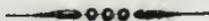
Ah! padre mio! me habeis perdido!

(Arrojándose llorosa en los brazos de su padre.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO III.



(El teatro representa un salon menos lujoso que el del segundo acto: una mesa à la derecha y un gabinete en el mismo lado)

ESCENA PRIMERA.

DARGENVILLE Y EL DUQUE.

DARGENVILLE.

Y bien, mi querido duque, ¿el regente sigue inexorable?...

DUQUE.

Qué queréis? ha manifestado que no escucharia, ni la razon ni la justicia.

DARGENVILLE.

Seria preciso ir á verle.

DUQUE.

He puesto en movimiento el cielo y la tierra; le he hecho hablar por madama de Aralere, y por el arzobispo de Paris.... he intercedido la duquesa de Valois, el conde de Riom, la magistratura, la iglesia, la ópera.

DARGENVILLE.

Y ha resistido á la ópera!

DUQUE.

El duque de San Simon no ha sido tan dichoso en este asunto que en el caso del pobre conde de Horn, que han hecho morir, bajo pretexto de estar connoto de haber asesinado á no sé quien... luego tengo contra mí á Dubois, que está por hacer entrar á Caylus en la familia Lubersac.... Soltero, soy un obstáculo á sus proyectos, mientras que si estuviere casado, su protegido se desposaría con los millones de la marquesa. Pero cederé sin haber resistido!... no me rendiré hasta el último extremo.

DARGENVILLE.

Y haréis muy bien !

DUQUE.

Y si me obligasen á ello, no duraría mucho este enlace... ¿ Con qué derecho el regente dispone de nuestras personas, y obliga á su nobleza á contraer matrimonios tan descabellados ?

DARGENVILLE.

La moral !

DUQUE.

La moral ! ¿ creéis que la moral sea algo para él ? No ; el regente se venga.

DARGENVILLE.

Y de qué se venga ?

DUQUE.

He tenido la desgracia de ser preferido á su alteza por algunas damas que honoraba con sus atenciones particulares... le he disputado la Florentina... le he rebatado la Quinault, y estos son crímenes que ajan el amor propio, que sien

pre se tienen presentes, y que no se perdonan cuando uno es poderoso.

DARGENVILLE.

Qué! el regente ha perdonado otros crímenes mas serios, y que le tocaban mas de cerca. Yo creo que en su particular es muy indulgente; pero lo han calumniado tanto, lo han acusado tantas veces de cerrar los ojos sobre las travesuras de su nobleza, que ha aprovechado la primera ocasion de desmentir á sus enemigos, forzando á un noble á reparar públicamente la ofensa hecha á una familia aldeana.... Es una medida muy política.... es una satisfaccion dada al pueblo.

DUQUE.

Desdichadamente, no ha habido ofensa! la jóven de que se trata está tan puera como al salir de la cuna.

DARGENVILLE.

Es pues.....

DUQUE.

Una necia que tiene ideas de virtud...
la virtud me ha traído siempre desgracias.

ESCENA II.

DICHOS Y MORISSEAU.

MORISSEAU.

Monseñor, me presento ante vos con
cierta seguridad, pues soy portador de
escelentes nuevas.

DUQUE.

Qué decis?

DARGENVILLE, *aparte*.

Habréis conseguido?...

MORISSEAU.

Mas de lo que esperaba;

DUQUE.

Cierto!

MORISSEAU.

Traigo conmigo un documento del re-

gente, que no puede menos de seros su-
namamente grato... (*Busca en los bolsillos*)
No es esto, ni esto, esto sí: es una orden
de arresto, para el caso en que el casa-
miento no se realizase.

DARGENVILLE.

Una orden de arresto!

DUQUE.

Vuestras palabras parecían anunciar-
me que su Alteza había cambiado de
opinión.

MORISSEAU.

No ha cambiado mas que de escribano.

DUQUE, *con ironía.*

Vamos, acabaréis por llevaros los ne-
gocios de todo el mundo.

MORISSEAU, *alegre.*

Dios lo quiera!... en mi escribanía hay
gar cuando menos para diez oficiales
as.... El regente me ha dado orden
estender vuestro contrato...y de anun-
cios que S. M. da cien mil escudos de
te á la futura.

DARGENVILLE.

Vamos, esto es un alivio...

DUQUE.

Caballero, estoy reconocido á las bondades con que el rey se digna honrarme.... El súbdito no puede rehusar los favores del monarca; pero el precio que se exige....

MORISSEAU.

Os la deben hacer mas gratos. La union de que os lisonjeabais os hacia esperar otras ventajas, es verdad; pero la marquesa no es tan jóven; ha perdido mucho de su belleza.... Sus hermanos y parientes no estaban dispuestos á despojarse para enriqueceros. Nada mas incierto para vos que esta fortuna que habiais soñado; en tanto que la union de hoy os brinda con una persona jóven, bonita y discreta; tres cualidades *plebeyas*, pero que ennoblecen á la muger que las posee.

DUQUE.

Una orden de arresto !... El regente me estima aun!

MORISSEAU.

No teneis mejor amigo ; este documento es una prueba evidente.

DUQUE.

Ah!

DARGENVILLE

Le dispenso de dármelas iguales.

MORISSEAU.

Conozco á la Vaubaliere , me decia , es capaz de rehusar su dicha. A pesar suyo, quiero sea feliz. Si duda enlazarse con su víctima....

DUQUE.

Víctima , esto es peor.

MORISSEAU.

Algunas semanas de arresto en la Bas-
la le harán ver sus verdaderos intere-
s.... en la soledad , sin preocuparse, ni
r una distraccion involuntaria, ten-

drá el lugar necesario para pensar en los atractivos de aquella cuya mano haya rehusado. Mas si, como lo espero del talento del duque, se somete francamente á lo que hemos resuelto, me comprometo en nombre del rey á pagar sus deudas, y á alzar las hipotecas con que están gravados sus bienes.

DUQUE.

El rey pagaria mis deudas?

MORISSEAU, *enseñándosele.*

Ved aquí un billete destinado á este objeto.

DUQUE.

Quedarían libres mis bienes.

MORISSEAU, *enseñándosele.*

Otro billete real para el mismo efecto.

DARGENVILLE.

Qué diablos! por poco mérito que tenga la futura....

DUQUE.

Es hechicera!

DARGENVILLE.

Es una soberbia operacion mercantil.

DUQUE.

Caballero , al ver la conducta de su al-
eza.... quedo convencido, me desposaré.

UN CRIADO.

La señorita Raymond ruega al señor
duque tenga la bondad de concederle
una entrevista particular.

DUQUE.

Dí á la señorita Raymond que estoy á
sus órdenes.

MORISSEAU.

Entraré en este gabinete , é iré esten-
diendo los artículos del contrato (*vase*).

DARGENVILLE.

Y yo vuelvo al lado de nuestros amigos.
Adios mi querido duque (*vase*).

DUQUE.

Adios Dargenville.

ESCENA III.

EL DUQUE SOLO.

Mis deudas pagadas!... mis bienes libres ! es preciso ser razonable... Esta Julia es una criatura deliciosa... Estoy picado... Cuando la hice arrancar del seno de su familia no creí que las cosas llegasen á este punto... me desposaré, sí; porque bien mirado, el casamiento para nosotros no es mas que.... Ah! he aquí mi muger.... De esta, bella Julia, no te escaparás.

ESCENA IV.

EL DUQUE Y JULIA.

JULIA.

Señor duque ayer he debido someterme sin réplicar cosa alguna á la reparacion que mi padre ha creído deber exigir de vuestra señoría para salvar su honor.

El príncipe , mandándome aceptar vues-
tra mano me ha juzgado digna de llevar
vuestro nombre ; esta opinion no me
basta sin embargo.

DUQUE.

No comprendo bien.

JULIA , *con sencillez.*

Renuncio al honor de perteneceros.

DUQUE.

Vos , Julia ! ; pero esto no puede ya ve-
rificarse.

JULIA.

No he sido educada para un rango tan
brillante. Este enlace no os hará dicho-
so.

DUQUE , *con galanteria.*

Estais en un error.

JULIA , *con candor.*

No , señor duque. Entre nosotros me-
dia una distancia demasiado grande ,
nuestras maneras de ver , de sentir , son
muy distintas. Yo estaria como una estra-

ña en medio de vuestras damas de calidad.

DUQUE.

Ah! mas de una daria su rango y su opulencia por vuestra belleza y vuestra hermosa tez.

JULIA.

Eso no les impediria de evitar mi vista , de huir á mi aspecto , de establecer una barrera humillante que nos separase , la cual se renovaria continuamente con mi aparicion. Yo me conozco, me sería muy difícil soportarlo; y poco hecha á las costumbres del gran mundo , mi franqueza podria hacerme pronunciar palabras cuyo sentido y consecuencias ignorase. Acostumbrada á decir cuanto pienso , á hablar claro , yo heriria sin quererlo á las que se habrian complacido en mis desgracias.

DUQUÉ, *con prontitud.*

Ah! Julia , vuestro talento lo preverá todo. En la corte no se espresan con mas

legancia que vos; y estoy seguro que
habrá mil envidiosos de mi dicha.

JULIA.

Vuestra dicha... No la esperéis de mí...
os no me amais tampoco.

DUQUE.

Qué decís?.. Qué no os amo Julia?...
o? ..

JULIA.

« Que os he arrebatado , que por este
cto de violencia he demostrado que
omperia todos los obstáculos que pu-
iesen oponerse á mis proyectos!... » ¿No
s esto lo que ibais á decir? No, señor
duque , vos no me amais, y tengo un pla-
er en ello.

DUQUE.

Os alegráis!... Estais picante!...

JULIA.

Oh! creed sinceramente en mi ale-
ria!.... Yo seria desgraciada con vuestro
nor!... Si me hubieseis amado, os com-

padecería. Mi piedad por un sentimiento verdadero , profundo, me hubiera hecho prestar mi consentimiento. Juzgando de vuestros sufrimientos por los míos, los hubiera mirado como un nuevo crimen que quedaba por añadir todavía. Si me hubieseis amado , monseñor , no hubiera jamás tenido valor para deciros , no os amo.

DUQUE.

Julia!

JULIA.

Ya veis que es imposible, que me case con vos.

DUQUE.

Yo sé que no podréis menos de verificarlo.

JULIA.

No querreis conducir al altar á una muger cuyo corazon pertenece á otro?

DUQUE.

A otro? En verdad , que estoy aquí para oír cosas bien singulares.

JULIA, *con candor.*

Si, monseñor; yo amo, mucho mas
de lo que puedo esplicaros!... amo con
toda mi alma á un hombre sencillo y
bueno, que no ha hecho brillar á mis
ojos ninguna de las ventajas que vos
alabais, que para mover mi corazón
no ha tenido necesidad de elogiar mi ros-
tro, que no me ha cercado de lazos, de
seducciones, que se ha ceñido á decirme,
yo os amo!... Ah! quanto poder y dul-
zura tienen en su boca estas palabras!...
como van al alma!... como seducen!...
como embriagan! Ya veis, monseñor,
que es imposible este enlace.

DUQUE, *enfadado.*

Y yo os repito, Julia, que es imposible
que deje de efectuarse.

JULIA.

Me asustais, monseñor.

DUQUE.

Teneis una memoria implacable, y
perseis sobre mi la venganza mas cruel!

la mas femenina! Pero á todo esto no tengo mas que una palabra que responder. Seréis mia, Julia, puesto que es la órden terminante del monarca.

JULIA.

¿Y porqué sois de la corte , no osais pedir la revocacion de semejante órden? Pues bien , yo me atreveré. Yo no espero nada, no tengo nada que temer del principe... no puede nada sobre mi porvenir... Iré á arrojarme á sus pies , á declararle...

DUQUE.

No, Julia... no iréis... va en ello mi libertad y mi fortuna.

JULIA.

Vuestra fortuna?

ESCENA V.

DICHOS Y RAYMOND.

DUQUE , á *Raymond*.

Venid á secundar mis esfuerzos , y á

bogar por mi causa con vuestra hija.

RAYMOND.

Abogar por vuestra causa!...

DUQUE.

Retraedla de un proyecto que me perderia sin salvarla ; hacedla comprender que no se lucha en Francia contra una orden emanada del rey... Que la mas leve resistencia es castigada algunas veces con un prision perpetua... Vamos, Julia, estad atencion á los consejos de vuestro padre , acordaos que os amo , no por orden del rey... que os adoro... y que olvidaré todo cuanto este diálago ha tenido de desagradable para mí.

(Vase.)

ESCENA VI.

RAYMOND Y JULIA.

JULIA.

Ah ! padre mio !

RAYMOND.

Vamos... vamos, hija mia, un poco de valor... este enlace es sin duda una desgracia: pero una desgracia indispensable, es la sola reparacion que ambos podemos aceptar.

JULIA.

Pero padre mio... yo no soy culpable, porque pues castigarme uniendo mi suerte á la de un hombre que no amo, que no amaré jamás...

RAYMOND.

Cuando sea tu esposo...

JULIA.

Si sabeis que eso no puede ser.....
Adrian.

RAYMOND.

Hija mia, es necesario no pensar mas en Adrian.

JULIA.

No pensar mas?

RAYMOND.

Los hombres son muchas veces tan in-

ustos!... Esta pasion de un señor tan distinguido... El escándalo ocasionado...

JULIA.

¿Qué sombra podrá tomar?... Yo renuncio por él á todas las ventajas de un rango brillante, yo desprecio una gran fortuna por una existencia simple y molesta.

RAYMOND.

En los primeros momentos de su dicha, Adrian tendrá presente tus grandes sacrificios, los atribuirá todos á tu amor por él! estará orgulloso y se gloriará de ello!... ¡Pero qué poco será necesario para mudar su corazon!... La mas mínima palabra de un indiferente... una sonrisa quívoca... una mirada irónica..... una banza quizás inocente, pero en la cual sea Adrian descubrir malicia... vendrán á herir su corazon, á humillar su amor propio!... Y una vez que su alma haya dado lugar á las sospechas, tu casa será un infierno!

JULIA.

La sospecha!... Padre mio , todos los dias de mi vida los emplearé en probarle mi amor, mi ternura , mi fidelidad!.....

Ah! renunciar á él!..

RAYMOND.

¿Y crees tú que no siento lo que te cuesta?... que mi corazon no sufre por la herida del tuyo?.. Tú no espermentas dolor alguno sin que yo lo comprenda... no derramas una lágrima que no caiga sobre el corazon de tu padre infeliz... pero, hija querida , no hay medio alguno de evitar este enlace..... tu honor lo exige.

JULIA.

Me parece que rehusando la mano del señor duque, me pongo fuera de los ataques de la calumnia.

RAYMOND.

Si el señor duque te hubiera de su grado ofrecido la mano , si no hubiera demostrado por este enlace una repug-

ancia , que solo ha podido vencer la palabra del príncipe , concedo. En pocas horas , hija mia , esta aventura se sabrá por todas partes , tú serás el objeto de todas las conversaciones... Y no te imagines encontrar , ni aun en los de nuestra clase , un corazon que sienta tus desgracias , una voz que tome tu defensa... No , no , el mundo es así ! ¿ Y quien sabe si en medio de este desenfreno de palabras aturcidas , de celos y envidiosas , las habrá amargas , duras , espantosas... que te acusarán de insensatez , de ambicion , de coquetería?... Este rapto , tú lo habrás provocado , contentado !... habrás ido gustosa á buscar tu deshonor !...

JULIA.

Padre mio !

RAYMOND.

Esto , hija mia , esto dirá el mundo , que por una malicia refinada no te dejará ignorar ninguna de tan innobles acusaciones La calumnia crecerá todos

los dias ; y los esfuerzos que tú hagas para reducirla á la nada serán nuevas pruebas que ella invocará en su favor... ¡Tú desairar al duque! Oh, no! el duque es quien, por un resto de piedad por su víctima, ha querido prestarse á este manejo.

JULIA.

Pero es infame cuanto decís ahora, padre mio.

RAYMOND.

¿No es verdad?.. Y bien! quieres vivir bajo al peso de estas odiosas manchas?... quieres esponer á tu padre á oirlas?..... á Adrian á vengarlas?...

JULIA.

Adrian!

RAYMOND.

¿Quieres que despues de diez combates, en que la muerte haya impuesto silencio á tus adversarios, sin disminuir por ello el número de tus calumniadores, quieres que le conduzcan herido, moribundo, asesinado tal vez?

JULIA , *horrorizada.*

Asesinado!

RAYMOND , *con energía.*

Di , lo quieres ?

JULIA , *turbada.*

Me horrorizais... no sé donde estoy...

RAYMOND , *con amargura.*

Ah ! es terrible desposarse con un hombre que no se ama ! Pero esponer voluntariamente la vida de un hombre que quiere es horroroso tambien.... Suongo no escogerás tu desgracia... obedece al príncipe... despósate con el duque de la Vaubaliere.

JULIA.

Padre mio !

RAYMOND.

Obliga á respetarte , á estimarte , á aquellos mismos que desapruében esta union... Tu infeliz padre te lo ruega , te suplica de rodillas... hasta aquí ha vivido respetado , honrado... que baje á la tumba sin que la calumnia...

JULIA, *con una resignacion dolorosa.*

Padre mio, os obedeceré.

(Se abrazan.)

RAYMOND.

Dios te recompensará.

(Vase Julia.)

ESCENA VII.

RAYMOND SIGUIENDOLA CON LA VISTA.

Hija querida!... Ah! orgullosos nobles, antes de violar la hospitalidad, de profanar el techo paterno, se detendrá vuestro paso y vacilaréis... ahora que la inocencia y la debilidad tiene un apoyo cerca del trono... ahora que una orden del monarca obliga á los primeros nobles á desposarse con la pobre aldeana cuyo honor ultrajaron.

ESCENA. VIII.

DICHO, EL DUQUE Y MORISSEAU.

DUQUE.

Señor Raymond, vuestra elocuencia, ha podido reducirla.

RAYMOND.

Mi hija hará su deber, señor duque.

MORISSEAU.

Una vez que estamos reunidos, lecrémos de seguida el contrato: es una ceremonia muy cansada; pero es preciso pagar por ella.

DUQUE.

(Sentándose en un sillón, y Morisseau junto á una mesa. Raymond en pie.)

Escucho.

MORISSEAU.

«En nombre de S. M. cristianísima Luis XV, rey de Francia y de Navarra etc., etc. Ante los escribanos reales que suscriben, fueron presentes en Paris el

28 noviembre de 1722.» ¿Vuestros nombres, señor duque?

DUQUE.

Luis Pablo Augusto Cressé de la Vauvaliere, conde de Arcy, baron de Saint-Morée.

MORISSEAU.

Los nombres de la futura?

RAYMOND.

Luisa Julia.

DUQUE.

La señorita Luisa Julia...

MORISSEAU, *para sí.*

Sí, sí, concibo... señorita es aquí un término de calidad.

RAYMOND.

Hija de Jorge Raymond.

DUQUE.

Sois natural de?...

RAYMOND.

De Vezelay en la baja Borgoña.

DUQUE.

Raymond de Vezelay.

MORISSEAU, *á media voz.*

Bien, bien; esto tiene un fingido aire de nobleza.

RAYMOND.

Y de Luisa María Delbourget.

DUQUE:

Y de la señora Luisa María Delbourget. Separad el del, y haced un artículo.

MORISSEAU.

En todo demuestra su vanidad.

(Aparte.)

RAYMOND.

Acuñais moneda falsa, Morisseau.

MORISSEAU.

Y dicha señorita trae al matrimonio, con el señor duque de la Vaubaliere...

RAYMOND, *interrumpiéndole.*

Una alma hermosa, un precioso rostro, y la bendición de su padre.

MORISSEAU.

Trae cien mil escudos de dote, que S. M. se ha dignado regalarle; además se com-

promete al efectuar su enlace á pagar las deudas del duque su esposo...

RAYMOND.

Y con qué?

MORISSEAU.

Cuyo importe, declara haberlo recibido el señor Morisseau, uno de los escribanos abajo firmados.

RAYMOND.

No comprendo...

DUQUE.

El rey, teniendo en consideracion mi enlace con ella, se ha dignado hacerme este insigne favor.

RAYMOND.

¡Con qué es á mi hija, señor duque, á quien debéis todo esto!

MORISSEAU.

Sí señor!

RAYMOND, *con sentimiento.*

Razon mas para amarla, para hacerla dichosa.

DUQUE, *con prontitud.*

Ciertamente...

RAYMOND, *con naturalidad.*

Si me creyeseis, una vez casado no enseis mas en esas locuras de jóven, que an terminado en graves compromisos (*Con maliciosa naturalidad*). Julia no odria sacaros adelante una segunda vez (*Con sentimiento*). Mostradle amistad, tratadla con bondad, con dulzura... Una vez esposa vuestra, no tendrá sino á vos por apoyo, por sosten.

MORISSEAU.

¿ Pues qué, la abandonais, señor Raymond?

RAYMOND.

Firmado el contrato y efectuado el enlace, no se me verá mas en vuestro patio...

DUQUE.

Y porqué?

RAYMOND.

Yo no soy filósofo, soy un hombre

llano. Cada clase en la sociedad tiene un modo de obrar y de pensar. Yo conozco muy bien que el señor duque no veria con mucho gusto un suegro de mi porte.

MORISSEAU.

No sois un hombre de bien ?

RAYMOND.

Si á mi Julia no la deslumbra la grandeza de que va á verse cercada , vendrá á visitar á su padre ; no mucho , pero en fin , cuantas veces se lo permita su esposo ; mas poner los pies aquí yo ¡ nunca!... Mis visitas perjudicarian á mi hija , turbarian su tranquilidad , su dicha. Mi presencia mortificaria al señor duque , recordándole la humilde familia de su esposa. Por último , gracias á Dios (*con alegría*) y á la bondad del rey , mi Julia ha concluido por ser un partido bastante regular.

DUQUE, *aparte*.

Es singular por cierto el modo de ra-

onar de estas gentes..... cuanto dicen es
e buen juicio.

MORISSEAU.

Queda concertado tambien que si la
ñora duquesa muriese sin hijos, la
ntidad que forma su dote será para su
amilia.

RAYMOND.

La renuncio.

DUQUE.

La renunciáis!

RAYMOND.

Sí señor, yo nada quiero. Mi hija no
ne mas parientes que yo y si la po-
e niña muriese iria bien pronto á reu-
irme á ella (*Con sensibilidad*). Si el se-
or duque tuviese la desgracia de que-
ar viudo, la sola merced que le pido
la de no colocar á mi hija en una tum-
l muy magnífica, á fin de que me pue-
en enterrar á su lado.

MORISSEAU.

He aquí ideas bien alegres para un ca-
samiento!

DUQUE.

Señor Raymond , la doté de Julia os pertenece de derecho.

RAYMOND.
Os la cedo , desprecio el dinero ; pero en cambio hacedla feliz.

DUQUE.

Lo será , lo será , mi querido señor , tendrá todo lo que constituye la felicidad de una muger.

MORISSEAU.

Ya está estendido en regla el contrato , no falta mas que la firma de los esposos.
(Raymond vá à la puerta y habla con un lacayo.)

RAYMOND.
Decid á mi hija que tenga la bondad de venir.

MORISSEAU.
Espero , señor duque , que no seréis el último en felicitaros por el buen aspecto que han tomado vuestras cosas.

DUQUE.
El placer me arroba. El regente nos

ha concedido tantos favores , que me hubiera desesperado de disgustarlo.

RAYMOND , á *Morisseau*.

Yo decia bien , que hariais el casamiento de mi hija.

ESCENA IX.

DICHOS Y JULIA.

JULIA.

¿Padre mio , me habeis mandado venir ?

RAYMOND.

Para ponerte en manos de tu esposo.

(La hace pasar al lado del duque.)

DUQUE.

Vamos , Julia , un poco de consideracion... desechad de vuestra memoria lo pasado.... Soñar en ello seria empañar el mas bello porvenir... Venid á colocar vuestro nombre inmediato á los nuestros... aquí.

(La conduce á la mesa.)

MORISSEAU.

Despues de leerlo , porque es esencial que la señorita conozca los favores que recibe , y los compromisos á que se halla obligada.

JULIA , *leyendo.*

Ah! Dios mio ! el rey !

RAYMOND.

Y despues , tú pagarás las deudas del señor duque.

MORISSEAU.

Con estos dos billetes (*los enseña*) que conservo , con el objeto de establecer el avance, y de procurarme el gusto de hacer reir á vuestros acreedores... Me se figura ya ver la sorpresa , la alegría , que esta ocurrencia les causará; ni mas ni menos que la que experimenta un rico armador que ve volver de las Indias la galera que creia perdida.

(Julia levanta los ojos al cielo , y guiada por su padre , firma el contrato.)

RAYMOND.

No hay medio de desdecirse. Señor , a nobleza gana hoy un corazon de oro, muy capaz de hacerle honor.

MORISSEAU.

Venid conmigo , Raymond , es necesario presentar este contrato á la firma del rey.

RAYMOND.

El rey tambien?

(Abraza á su hija y se va con Morisseau.)

ESCENA X.

JULIA Y EL DUQUE.

DUQUE.

Y bien, Julia , sois ya la esposa de uno de los primeros nobles del reino.

JULIA.

Señor duque , bien sabeis cuanto me opuesto á tener este honor.

DUQUE.

Pero en el fondo de vuestro corazon estais arrepentida de ello.

JULIA.

Monseñor, he hecho á mi padre el sacrificio de mi voluntad.

DUQUE.

Sacrificio... esa palabra...

JULIA.

Yo habia soñado otra existencia. Mi padre, mas instruido que yo en las exigencias del mundo, y en las leyes de la sociedad, me dijo que era de mi deber renunciar; yo he renunciado.

DUQUE.

Me guardais rencor?

JULIA.

¿No he consentido ya en llevar vuestro nombre?

DUQUE.

Y por esto es preciso cercarlo de todo el resplandor necesario, para que brille mi preciosa duquesa!

(Se acerca.)

JULIA, *desviándolo.*

Señor duque!

DUQUE.

Y bien! mi siempre hermosa , ¿no sois mía? este amor, que esta mañana me negabais , ¿no acabais de ofrecérmelo por escrito?.. os habeis comprometido á amarme.....

JULIA.

Yo me he comprometido á respetar el nombre que recibia.

DUQUE.

Sí , sí ; pero no es esto cuanto deseo... Vamos Julia.... somos esposos.... habeis querido ponerme en cuidado con este pretendido amor.

JULIA.

Os he dicho la verdad , monseñor.

DUQUE.

Como, señora!.. ¿tengo verdaderamente un rival?

JULIA , *con nobleza.*

No lo teneis ya , señor duque. Jamás endréis que avergonzaros por la que tiene el honor de llevar vuestro nombre.

DUQUE.

¿Sabeis que es en extremo picante declarar estas cosas á un marido despues de haber firmado el contrato?

JULIA.

Señor duque , por una de aquellas acciones que las personas de vuestra clase ejecutan con tanta frecuencia , habeis turbado la vida y la dicha de una jóven que nada os habia hecho. Esta jóven es hoy vuestra esposa , sabe sus deberes, y los llenará ; pero no exijais nada mas, porque no ignorais que habia dado á otro su corazon antes que á vos la mano.

DUQUE.

Como, mi muger... ¿no lo seria entonces?

JULIA.

Mi conducta será pura y honrosa...

DUQUE.

¿Qué me importa su conducta? es su amor lo que quiero, y lo obtendré.

JULIA.

Temo que el señor duque no abuse; que recuerde que no he sido yo la que he solicitado este enlace.

DUQUE.

Firmado nuestro contrato, he debido creer seriais mi esposa, y no lo que pretendéis... y pardiez esto no será.

JULIA, *con firmeza.*

Si lo será, señor duque, pues que lo he resuelto.

DUQUE.

¿Creeis que bastará el que vos lo hayais resuelto?

JULIA.

Estoy segura.

DUQUE.

La voluntad de una muchacha!

JULIA, *con dignidad.*

¿Olvidais que hablais á la duquesa de la Vaubaliere?

DUQUE, *irónico.*

Y bien! La señora duquesa no ha pen-

sado en los disgustos que podria ocasionarle su negativa.

JULIA, *con frialdad.*

Ya lo he pensado.

DUQUE, *furioso.*

Podria costarle caro.

JULIA.

Acepto todas las resultas.

DUQUE, *con dulzura.*

Yo espero que la señora duquesa tendrá sentimientos mas dulces, mas humanos, y que cesará de aborrecerme.

JULIA, *con frialdad.*

Yo no os aborrezco, señor duque.

DUQUE, *con galantería.*

Entonces acabaréis por amarme.

JULIA.

No!

DUQUE, *sorprendido.*

No!

JULIA.

Jamás.

DUQUE, *colérico.*

Jamás!

JULIA, *con frialdad.*

Jamás.

DUQUE, *furioso.*

Señora!

ESCENA XI.

LOS MISMOS, MORISSEAU, RAYMOND, GRANDES Y SEÑORES.

MORISSEAU.

El rey llama al señor duque, y á la señora duquesa de la Vaubaliere.

DUQUE, *alegre.*

El rey!

JULIA, *triste.*

El rey!

DUQUE.

Estoy á sus órdenes.

(Va hácia los tres de la corte, y suplica al conde de Sabrán dé la mano á su muger: durante este tiempo Julia se acerca á su padre, se quita la sorna de Adrian y se la coloca.)

JULIA, *suspirando.*

Pobre Adrian !

MORISSEAU.

Adrian ! Adrian !

RAYMOND.

Callaos!..... Yo os manifestaré esto en otra ocasion.

FIN DEL ACTO TERCERO.



ACTO IV.

El teatro representa una sala un poco obscura. A la izquierda dos puertas, la una con una gran cortina. A la derecha otra puerta parecida con su mampara. En el fondo una puerta grande con dos hojas. A la derecha un velador con dos bujías encendidas. Varios sillones.

ESCENA PRIMERA.

JULIA Y MORISSEAU SENTADOS.

JULIA, *suspirando.*

Dios mio!... Sí, ocho meses hace que voy duquesa, y siete al menos que no nos hemos visto.

MORISSEAU.

Sí, siete meses cuando menos.

JULIA , *con tristeza.*

¿Debeis encontrarme muy mudada?

MORISSEAU.

Yo !... no ; la señora duquesa está como otras veces ; siempre hermosa , llena de juventud.

JULIA.

Mi querido señor Morisseau, en las que sufren como yo no duran mucho la juventud ni la hermosura.

MORISSEAU.

Vos sufrís ! En las visitas que con frecuencia nos hacíamos vuestro padre y yo, hemos hablado muchas veces de vos , y jamás me manifestó fueseis desgraciada.

JULIA.

¿Como habia de saberlo? Yo tenia buen cuidado de ocultárselo... espresarle lo que padecia hubiera sido lo mismo que aensarle de mi desgracia... y yo lo amaba , lo respetaba demasiado para darle este pesar... Ninguna queja de mi parte ha amargado el fin de sus dias; y mi buen

padre bajó á la tumba tranquilo , creyendo dejar á su hija dichosa en este mundo.

MORISSEAU.

?Y qué, no lo sois?

JULIA.

Dichosa! yo!

MORISSEAU.

¿Quien lo será pues? No teneis todo lo que basta para serlo: rango , caudal , consideracion?

JULIA.

Quando consentí en desposarme con el señor duque , no era ya dueña de mi corazon.

MORISSEAU.

Sí , sí , vuestro padre me contó todo esto... un médico jóven, por quien yo mismo debo interesarme . fué recibido en vuestra casa... Sus cuidados hirieron vuestro corazon....

JULIA.

Yo advertí de ello al señor de la Vauvaliere. Creí al esplicarme tan francamen-

te que se decidiria á romper este enlace; pero las ventajas que se prometia de él , le hicieron prescindir de toda otra consideracion... Sus deudas se encontraban pagadas... debia volver á la gracia del regente... era todo cuanto apetecia. En los primeros dias tuvo por mi algunas atenciones delicadas , de las que se prodigan á la muger que se quiere agradar ; pero no habiendo podido vencer la resolucion que yo habia tomado , cesó bien pronto de contenerse , y me mostró toda la perversidad de su alma.... Ah! señor!... de la indiferencia pasó á las reconvenciones , de estas á las injurias!... Volvió á sus antiguas costumbres , su posicion era peor que antes de nuestro casamiento... Un dia que , temblando , me atreví á hacerle algunas observaciones sobre las personas que recibia en su casa , me contestó que una sola estaba de mas en ella...

MORISSEAU.

¡ Eso se atrevió á contestar!

JULIA. Que sin esta estaba seguro de despo-
ñerse con la señora de Lubersac, que se-
ría viuda.

MORISSEAU. ¿Y lo habeis sufrido?

JULIA.

Mi padre vivia aun... yo soportaba esta
renta sin quejarme; ¿toleré tantas otras!
Creeréis que me ha sido preciso recibir
en mi casa, admitir en mi mesa á las
tancebas del señor de la Vaubaliere, que
se presentaba bajo títulos supuestos? Ah!
¿pudieseis saber de todo lo que es ca-
z!....

MORISSEAU, con interés.

Debisteis haberme escrito... yo hubie-
ra acudido.

JULIA.

¿Lo podia yo acaso? me estaba prohi-
bido recibir persona alguna. Sus criados
tenian orden de entregarle cuantas cartas
se escribiese, y yo misma no podia man-

darles cosa alguna, sin que fuesen á saber del señor duque si debían obedecerme... Con una sola persona me era permitido tratar... con un anciano eclesiástico: este, testigo de mis continuos sufrimientos, y sabiendo las causas de mi casamiento, me propuso el pedir que se anulase. Gracias á sus consejos, he escrito á la corte de Roma; el digno abate Mirlin me ha prometido dar todos los pasos necesarios para el buen resultado de mi peticion; pero ya han transcurrido dos meses, y no tengo noticia alguna de él....

MORISSEAU.

Un acto de esta naturaleza exige formalidades que traen consigo largos debates.

JULIA, *con desaliento.*

.. Sí; el acto llegará cuando no lo necesite... cuando esté muerta...

MORISSEAU.

Vos! morir!... á vuestra edad!....

JULIA, *con sentimiento.*

Ah! sí, ¿no es verdad que debe ser
el morir á mi edad, á los veinte años?

MORISSEAU.

Vamos, vamos, desechad esas tristes
leas... A los veinte años no se piensa en
muerte.

JULIA.

Oh! yo pienso siempre en ella... señor
Morisseau, yo no puedo vivir mucho....
tanto que mis fuerzas se debilitan, que
mi valor se acaba... Cada dia un nuevo
frimiento, una nueva pena, hacen des-
llecer mi alma.

MORISSEAU.

No os está bien esa debilidad, señora
quesa... cuando una muger es bella y
erte como vos lo sois...

JULIA.

Sí; las apariencias parecen desmentir
sus palabras; ¡pero tengo aquí una me-
moria que me mata!

MORISSEAU.

Desechadla!

JULIA.

Ah! si yo pudiese llevármela á la tumba!... Escuchad, señor Morisseau, el señor duque está ausente...

MORISSEAU.

Lo dudaba.

JULIA.

Ha solicitado y obtenido del regente una mision cerca del rey de España... Ha marchado hace tres dias, y no debe volver hasta pasados dos meses.

MORISSEAU:

Ved ya dos meses de felicidad, á buena cuenta de la que el cielo os prepara.

JULIA.

¿Sabeis lo que me dijo al partir?

MORISSEAU.

Lo adivino; ¿que esperaba encontraros á su vuelta mas bella todavía, si posible fuese?

JULIA.

Me tomó la mano , y fijando sus miradas sobre mi triste y pálido rostro; «Eres enferma, Julia, mas de lo que pensais me dijo... Me desesperaria si os periese durante mi ausencia...» Se nōtaba en sus ojos cierto aire horroroso , su voz tenia un acento profético, que oprimia mi corazon... Mis piernas apenas podian sostenerme , y estaba próxima á desfallecer... una grandeza de ánimo , que no sé explicar se amparó de mí ; ah !... me conoce bien , él sabe que la muerte romperá muy pronto esta cadena tan pesada para entrambos.

MORISSEAU , *levantándose.*

¿Seria acaso para hacer vuestro testamento que os habeis servido llamarme?... y os manifiesto que me negaré á ello , en cuanto pueda contribuir á que tengais presentes ideas tan tristes.

JULIA.

No : lo tengo hecho.

MORISSEAU.

Qué?

JULIA.

Mi testamento.

MORISSEAU.

¿ Lo habeis hecho ?

JULIA , *sonriéndose con tristeza.*

¡ Un gran mal !... hacer su testamento, esto no causa la muerte...

MORISSEAU.

No , ciertamente que no ; pues yo tengo en mi escribanía mas de diez testamentos de personas que se encuentran enteramente buenas.

JULIA , *dándole un pliego cerrado con lacre.*

Ved aquí el acta que contiene mi última voluntad ; la deposito en vuestras manos.

MORISSEAU , *tomando el pliego.*

Como escribano tengo obligación de recibirla ; pero creo no hacer uso de ella en mucho tiempo.

JULIA.

He dispuesto de lo que el rey se dignó
arme.

MORISSEAU.

Es vuestro dote , podeis hacerlo.

JULIA.

En favor del sugeto de quien mi padre
ha hablado... Adrian es huérfano.

MORISSEAU.

¿Absolutamente huérfano?

JULIA , *levantándose.*

Ah! cuan dichosa existencia me espe-
ba á su lado ! Nuestro amor era conoci-
de mi padre , se habia formado á su
ta!... Adrian es tan bueno , tan hon-
lo!... su alma es tan bella!... y yo le
aba!... le amo todavía!.. su memoria
persigue hasta en mis sueños ; no me
andona un solo instante!... Cuando
comparo la horrible posicion en que me
lo con el grato porvenir que me es-
aba... la grosería del duque con la

delicadeza de Adrian; los infames afectos de aquel cuyo nombre me han obligado á llevar, con los nobles sentimientos del hombre que me habia consagrado su vida... el corazon se me parte, las lágrimas corren... Ah! soy muy desventurada!

MORISSEAU.

Sí... concibo vuestros disgustos; pero la desesperacion no es propia de vuestra edad... ¿quien sabe si el tiempo y la Providencia cambiarán bien pronto vuestra posicion? Esta ausencia del duque puede durar mas tiempo del que él mismo imagina: os podeis aprovechar de ella para reiterar vuestra solicitud á la corte de Roma, dirigidme á vuestro abate Mirlin.

JULIA.

Calle de Bac, en las misiones extranjeras.

MORISSEAU.

Yo lo veré, le hablaré, y nos entenderemos.

JULIA.

No os incomodeis, será inútil.

MORISSEAU.

Como? rehusais los servicios de vuestro
cribano...

JULIA.

Yo!... Ciertamente que no... vos sois
la actualidad mi único apoyo.... no
tengo mas amigo que vos... tambien se-
is mi albacea testamentario.

MORISSEAU.

Espero ser algo mas.

JULIA, *se levanta.*

Y para probaros, mi querido señor Mo-
rseau, en cuanto aprecio vuestra amis-
ad, oidme... Esta sala está retirada; ge-
neralmente nadie viene á ella. Acercaos.
*(Descorre unas cortinas que ocultan una
puerta á la derecha.)* En otro tiempo esta
puerta estaba condenada; despues de la
muerte del señor duque, la he mandado
abrir... da salida á una escalerilla que co-
munica con el jardin; y este tiene una

puerta falsa , que conduce á la calle de santo Domingo.

MORISSEAU.

Barrio desierto...

JULIA.

Ved aquí las dos llaves , haréis uso de ellas euantas veces tengais por conveniente, nunea serán demasiadas segun mis deseos.

MORISSEAU.

¿No temeis que este misterio ?...

JULIA.

A escepeion de una niña, que manifiesta tomarse algun interés por mí (la que ha ido á llamaros), todos los demas criados, son otros tantos espiones, eolocados en derredor mio para seguir mis pasos, censurar mis operaeiones , y dar cuenta al señor duque de mis palabras, de mis acciones... En vista de todo , deseo que vuestras visitas sean ignoradas : pues si se llegasen á saber , tal vez me privarian de este último consuelo.

MORISSEAU.

Entiendo.

JULIA.

Vos no abandonaréis á una pobre mujer, que no os incomodará por mucho tiempo.

MORISSEAU.

¡Yo abandonaros! vendré todos los días á derramar sobre vuestro enfermo corazón el bálsamo de la esperanza.

JULIA.

Ah!... Morisseau! se acabó para mí!

(Vase.)

ESCENA II.

MORISSEAU SOLO.

Oh! sí, está mudada!... terriblemente mudada! Dad luego vuestras hijas á estos señores, para que las hagan morir de pena... Ah! si el pobre Raymond viviera, derramaria lágrimas de sangre por haber obligado á su hija á sacrificarse de este

modo! y yo que la creia dichosa... que por amistad hácia ella , por respeto á su dicha, rehusaba turbar la tranquilidad del señor duque... Vamos , vamos... no hay que volver atrás.... obremos con prudencia : pero prontamente... Escribamos á Montpellier , sepamos si este Adrian , merece todos los elogios que le prodigan; y si los informes que recibo son favorables... Vamos, manos á la obra, pero ocupémonos ante todas cosas de esta pobre duquesa... veamos á su abate Mirlin.... sublevemos en su favor todas las potencias eclesiásticas del mundo... Y pardiez iré á Roma si necesario fuese : ser á para mí una escelente ocasion de ver al papa y el coliseo... ¡Ola... ruido! ah! serán los criados de la duquesa, que habrán visto luz en esta pieza , y tratan de indagar cuanto se dice y cuanto se hace (*apaga la luz*). Retirémonos.

(Vase.)

(Va á la puerta designada por Julia , desaparece)

se y cierra. La primera puerta de la derecha se abre; un lacayo entra en la habitacion con una linterna sorda; la vuelve para alumbrar á los que vienen con él. Seis hombres conducen á Adrian con la boca tapada. El que trae la linterna enciende las bugías.)

ESCENA III.

ADRIAN Y LACAYOS,

ADRIAN.

(Se quita el pañuelo que le impide hablar.)

Qué significa esta alevosía? yo ignoro el lugar donde estoy...y así manifestadme, señores, que casa es esta. ¿Si os habeis equivocado? Soy yo por ventura el que esperabais, el que debiais conducir á viva fuerza? Yo no tengo en Paris negocio alguno que pueda perjudicar á nadie..... he llegado esta mañana .. no tengo desahíos, ni deudas, ni intrigas... Así (*con todas fuerzas*) miradme bien otra vez, y aseguraos si soy realmente la persona á quien os han designado.

ESCENA IV.

DICHOS Y EL DUQUE.

(El duque manda salir á los criados.)

ADRIAN.

Puedo saber, caballero.

DUQUE.

Creo que esas gentes se habrán portado con política, y que os habrán tenido mil consideraciones, no obstante la violencia que con vos han cometido....

ADRIAN.

Yo no me quejo.....

DUQUE.

No temais, caballero, sentémonos; tengo que hablaros de un negocio muy serio.

ADRIAN.

Os escucho.

DUQUE.

Sois médico.

ADRIAN.

— Sí señor.

DUQUE.

— Si no estoy mal informado, habeis llevado esta mañana de Montpellier.

ADRIAN.

— Sí señor.

DUQUE.

— No dependeis de nadie... sois solo, no tenéis familia.

ADRIAN.

— Pero esta soledad no debe durar mucho... Una familia escogida por mí va muy pronto á ocupar el lugar de la que yo he debido á la suerte. Vengo á unirme á una jóven, con quien prometí casarme hace cosa de un año... Despues de su partida no he recibido noticias suyas; pero no sospecho, juzgo de su corazon por el mio.

DUQUE.

— Pues bien! doctor, milluises serán un precioso regalo de boda para la futura...

ADRIAN.

Mil luises!... Señor, mil luises á un médico!...

(Se levanta.)

DUQUE.

Volved á tomar asiento, yo no veo nada de alarmante en las palabras *mil luises*.

ADRIAN.

Semejante suma... parece indicar...

DUQUE.

Que el servicio que se reclama es de alguna importancia, y que la persona que lo desea está en estado de pagarlo.

ADRIAN, *indeciso*.

Dispensad... he podido equivocarme.

DUQUE.

¿Pues qué habiais pensado?...

ADRIAN.

Nada... nada... pero las buenas acciones no se pagan ordinariamente tan caras.

(Se sienta.)

DUQUE.

Es segun... y supuesto que hay acciones que son buenas para las unos , y malas para los otros ; la misma accion se reputa por crimen ó por imprudencia , se castiga ó se tolera , conforme la persona que la comete... No os sucede á vos mismo , miembro de la facultad... matar lo mas inocentemente del mundo á un sujeto lleno de vida y de salud.

ADRIAN , *con viveza.*

Involuntariamente.

DUQUE.

¿Y qué se le da al pobre diablo que espira , que lo hayais hecho morir voluntaria ó involuntariamente?... no está menos muerto por eso.

ADRIAN.

No somos infalibles.

DUQUE.

Sin duda , y luego , ¿qué es la muerte ? Comunmente un accidente muy dichoso para los que quedan ! Señores médicos ,

sois algunas veces una ventura para los herederos!

ADRIAN, *indignado.*

Caballero, habeis formado una opinion muy singular de los médicos.

DUQUE *con frialdad.*

Los estimo mucho, rinden á la sociedad servicios eminentes.

ADRIAN.

Señor, mientras mas os oigo, menos comprendo que exigís de mi ministerio.

DUQUE.

Tengo un amigo, cuya muger está enferma, muy enferma.

ADRIAN.

Dirigidme á su casa.

DUQUE.

Es inútil.

ADRIAN.

Si el peligro es tan grande como decís, la menor tardanza puede serla fatal.

DUQUE.

Está condenada...

ADRIAN.

Señor, los secretos de la Providencia son impenetrables, la naturaleza hace continuamente milagros.

DUQUE.

No se quiere que la naturaleza los haga.....

ADRIAN.

Pues qué se quiere ?

DUQUE.

Que quede viudo esta misma noche.

ADRIAN.

Qué horror!... no quiero oír mas...

(Se dirige hácia la puerta, el duque lo detiene.)

DUQUE.

Se han tenido presentes todos los obstáculos, y están tomadas todas las medidas: no saldréis de aquí sino cómplice ó víctima.

ADRIAN.

Y no teméis que la justicia humana...

DUQUE.

La justicia no castiga mas que á los

poco diestros..... decidíos..... componed una confeccion , cuya eficacia vais á garantir con vuestra presencia... Haced una receta en tres ó cuatro partes distintas... Se irá á otros tantos farmacéuticos, á fin de no despertar sospechas... se os traerán los objetos que pidais, y vos mismo los compoudréis. Si consentís, se os cumplirá la promesa que os he hecho... Si rehusais, se os abandona á los miserables que os han conducido, y vuestra muerte asegurará el secreto.

ADRIAN.

Seréis capaz !

DUQUE.

De todo. Sabed que vuestra negativa, no salvará á esa muger. No siempre encontraremos hombres de bien... Otro...

ADRIAN , *reflexiona.*

Otro... Qué idea!

(Aparte)

DUQUE.

Qué decidís?

(Adrian rehusa al principio.)

ADRIAN.

Acepto.

(El duque le da un libro de memorias. Adrian escribe.)

DUQUE.

Este servicio que se os pide lo habréis hecho tal vez á cien otros sin dudar (*Desde que recibí las recetas de Adrian*). Bien..... voy mandar traer estas recetas. Guardad á que vuelva (*Adrian da un paquete*). No trateis de fugaros... la casa está rodeada... es imposible salir, todas las entradas están perfectamente guardadas... (*Adrian hace un movimiento*). Todas!... por todas partes encontraríais la muerte.
(Vase.)

ADRIAN.

Ah!... qué horrible lazo!

ESCENA V.

ADRIAN Y MORISSEAU.

MORISSEAU.

Caballero , lo he oido todo.

ADRIAN , *con sorpresa.*

Gran Dios !

MORISSEAU.

No llevaréis á cabo vuestro horroroso proyecto.

ADRIAN.

Pero , señor...

MORISSEAU.

Inmolar á la mas noble criatura!

ADRIAN.

Escuchadme.

MORISSEAU.

Un envenenamiento.

ADRIAN.

Pero , no!...

MORISSEAU.

Sin separar los oidos de esta puerta no he perdido una sola palabra!... Es es

pantoso! tan jóven!..... cómplice de un miserable! dar la muerte á una pobre muger, jóven tambien..... hermosa..... Oh!... yo os la arrancaré... Cuando dos miserables forman en complot, un crimen... Dios coloca casi siempre cerca de ellos un hombre de bien para evitarlo.

ADRIAN.

En nombre del cielo os suplico que calleis, y escuchadme..... No soy culpable.

MORISSEAU.

No sois culpable! ¿y tratabais de envenenar á la duquesa?

ADRIAN, *sorprendido.*

La duquesa? no corre ningun peligro.

MORISSEAU.

Tened cuidado con lo que vais á decir.

ADRIAN.

No he accedido á las execrables ideas de su esposo mas que para salvar la víctima...

MORISSEAU.

Pero habeis recetado...

ADRIAN.

No habeis oido que yo rehusaba! Si hubiera dirigido á otro menos escrupuloso que yo, y...

MORISSEAU.

En fin , esa pócima.

ADRIAN.

Cada una de las sustancias que la componen contiene un jugo venenoso; tomado por separado puede causar la muerte... mas la mezcla de estos venenos neutraliza su efecto peligroso!..... Una preparacion diestramente combinada por mis cuidados destruirá completamente su accion maléfica... esa pócima tomada por la duquesa , la sumirá en un sueño letárgico , que engañará á cuantos la vean.

MORISSEAU.

Estais bien seguro?

ADRIAN.

Tan luego como el duque crea cumplida su venganza se me pondrá en libertad, y el primer uso que haré de ella será arrojarme á los pies del rey y contarle todos los sucesos de esta noche... la parte que he tenido que tomar en ellos, y, no lo dudeis, arrancarémos á la duquesa del poder de su marido.

MORISSEAU.

Pero si durante vuestra ausencia una mano estraña procede á esta operacion...

ADRIAN, *con espanto.*

Entonces!

MORISSEAU.

Entonces?

ADRIAN.

No tenemos que temer semejante peligro. Ya lo habeis oido, estos simples deben entregárseme, yo solo debo reunirlos y prepararlos!... Perded cuidado, las vidas de la duquesa no peligran.

MORISSEAU.

Me respondeis con vuestra cabeza!

ADRIAN.

Con mi cabeza!

MORISSEAU.

Cielos! alguien viene!

(Se oculta detrás de la cortina.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS Y EL DUQUE.

DUQUE.

Doctor, estais libre.

ADRIAN.

Libre!..... gracias al cielo! habeis renunciado...

DUQUE:

No... se ha reflexionado bien... vos no cediais mas que por temor... he tenido piedad de vuestros escrúpulos.

ADRIAN.

Pero esa pócima donde está?

DUQUE.

A caba de tomarla.

ADRIAN.

La ha tomado... gran Dios! Ah! no... no puede ser.... si supierais... ah señor, decid que me engañais.

DUQUE.

Creereis al testimonio de vuestros ojos.

(Quita un tornillo , la puerta del fondo se abre , y se ve á la duquesa echada sobre un lecho.)

ADRIAN.

Ah Dios mio!

(Corre rápidamente hácia la cama , le toea los pulsos y pone la mano sobre su corazon , da señales de dolor , y mira su rostro.)

ADRIAN.

Cielos , qué veo!... no ; no me engañan mis ojos... Julia!.. ¿y soy yo quien te he asesinado?

(Cae oprimido de dolor sobre la cama de la duquesa. Durante esta escena el duque indiferente á cuanto pasa , saca una cartera y la coloca sobre una mesa.)

DUQUE.

Mañana la tumba ocultará este secreto... mañana magníficos funerales...

MORISSEAU.

Este cuidado no os toca á vos.

(Descorriendo la cortina por un lado.)

DUQUE.

Dios mio! aquí tambien ése hombre!

MORISSEAU.

Que nadie sea osado á tocar esta muger.

DUQUE.

Con qué derecho?

MORISSEAU.

Soy su albacea testamentario.

DUQUE.

Vos!

(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO CUARTO.



ACTO V.

Sala de una fonda en Orleans. Una gran puerta en el fondo.)

ESCENA PRIMERA.

ADRIAN SOLO.

Ya estamos en Orleans.... he visto abajo en la cochera una carroza con el escudo de armas del duque..... Su li-rea.... aquí sin duda debe detenerse el miserable que ha querido convertir- se en asesino... ¡ asesino , gran Dios!... cual hubiera sido la víctima ! Julia ! Ju- a... soy yo quien te habria muerto, yo, tu primer... tu único amor, yo cuya memoria ocupaba tus pensamientos todos ! (*Se sien-*

ta.) He sabido todo lo que ha ocurrido por este buen escribano.... Ah!.... cuanto ha debido sufrir!... cuan ageno estaba yo de sospechar los acontecimientos que se han sucedido durante mi ausencia!... mucho mas ageno todavía de creer que el anciano escribano, que acababa de espirar cuando me presenté en su casa, habia dejado señales de mi nacimiento en su escribanía, que estas estaban en manos de su sucesor, y que el sucesor del señor Bertin era el honrado, el escelente Morisseau, á quien muy pronto deberé un nombre, una familia! (*Se levanta.*) Una familia! ah! ¿debo yo buscarla? Si succumbo, ¿no será mejor que ignore que uno de los suyos ha caido bajo el hierro de un homicida?... qué digo?... Santo Dios! si la suerte hace traicion á mi causa, si muero, dejaré á Julia bajo su proteccion! legaré á mi familia el cuidado de vengarme! (*Va hácia Morisseau.*)

ESCENA II.

DICHO Y MORISSEAU.

ADRIAN.

Y bien?....

MORISSEAU.

Nada ocurre de nuevo : vuestra Julia descansa ; acabo de oír á los criados del duque que le esperaban de un momento otro.

ADRIAN.

Ah ! cuanto tarda !

MORISSEAU.

¿ No sería mejor dejarle continuar su viaje ?

ADRIAN.

Sin castigarle?

MORISSEAU.

Su mayor castigo será saber que sus planes se han desconcertado.

ADRIAN.

En mi vida olvidaré lo mucho que he sufrido , cuando despues de conocer á mi pobre Julia, la vi echada sobre el lecho... pálida.... sin mas que un soplo de vida... cuando consultando su pulso, lo sentia debilitarse, desaparecer entre mis dedos... ¡ quedé muerto , mi querido Morisseau !

MORISSEAU.

Pero tambien , qué júbilo cuando sentistes los primeros latidos de su corazon !..

ADRIAN.

Cuan débiles eran !

MORISSEAU.

¡ Cuando abrió de nuevo sus hermosos ojos !... cuando un súbito carmin cubrió su rostro , cuando un suspiro lanzado de su seno , un grito salido de su boca , os informaron que respiraba aun !

ADRIAN.

Ah ! diez de los mas bellos años de mi vida no me proporcionarían un momento

como aquel!... Decís que descansa?...

MORISSEAU.

Sin duda. El camino la ha fatigado singularmente. Nosotros salimos de Paris dos dias despues que vos ; el duque , que temia todo de nuestra indignacion, y sobre todo de la violencia de vuestro carácter, se mantuvo oculto , aun despues de nuestra partida. Con el testamento en la mano le he obligado á guardar silencio , he tenido en cierto modo arrestado en el palacio.... Tiene el mayor interés en que no se sospeche que ha estado en él durante los dias de duelo..... He podido obrar á mi placer, y dar para con el príncipe cuantos pasos he creido necesarios.

ADRIAN.

Con el príncipe? qué pasos?.... con qué objeto?.... de qué se trata?....

MORISSEAU.

Si lo consigo , lo sabréis.

ADRIAN.

¿ Vos , á quien tanto debo , teneis sin embargo secretos para mí ?

MORISSEAU.

Os lo repito , si lo consigo , todo lo sabréis... ¿ pero á qué poner os en el caso de fundar esperanzas , que tal vez no puedan realizarse ? Si me hubieseis creído en lugar de venir á colocar os en el camino por donde debe pasar ese desventurado , lo hubierais abandonado á sus remordimientos , hubierais llevado á Julián en un pais extranjero , y allí aguardaros...

ADRIAN.

(Ruido.... Un hombre !... (Yendo á la ventana) El es !

MORISSEAU.

Adrian ! prudencia en nombre del cielo.

ADRIAN.

Estad tranquilo.... no la quiero perder por segunda vez.

ESCENA III.

LOS MISMOS, Y UN MUCHACHO

DE LA FONDA.

MUCHACHO.

El señor Morisseau?

MORISSEAU.

Yo soy.

MUCHACHO.

Un hombre que acaba de llegar de Pa-
se ha apeado en la fonda...

MORISSEAU.

Y bien?

MUCHACHO.

Dice que es portador de un mensaje
portante para vos.

MORISSEAU, *con alegría.*

Si fuera !... (*Con alegría*) Valor, mi
erido Adrian.... es probable que den-
de algunos instantes lo sepas todo.

No lo perdamos de vista (*Aparte saliendo*).

ESCENA IV.

ADRIAN Y EL DUQUE.

Por fin llegó mi venganza!... Experimento una emocion.... mi sangre circula con una violencia.... Veamos, veamos, calma.... sangre fria... ¡No, no, es imposible!

ESCENA V.

ADRIAN Y EL DUQUE.

DUQUE, *entre bastidores*.

Un hombre pregunta por mí?

(*Entra en la escena*).

ADRIAN.

Sí, señor duque... y soy yo!...

DUQUE.

Vos, doctor! y por qué casualidad?..

(175)

ADRIAN.

Os espero.

DUQUE.

No arreglamos juntos nuestras cuentas?

ADRIAN.

No todas!

DUQUE.

Os cumplí mi promesa, y estamos solventes.

ADRIAN.

Solventes!... Vos!... Oh Dios mio!

(*Se coloca con la mayor frialdad delante del duque.*) Dicen que el que mata á una mujer tiembla en presencia de un hombre, ¿no es verdad, señor duque?

DUQUE.

Insensato! estoy de priesa (*va á marcharse*).

ADRIAN.

No, no os marcheis.

DUQUE.

Esto es una alevosía.

ADRIAN.

Como querais ; pero uno de los dos debemos quedar aquí.... en el acto.

DUQUE.

Para semejante juego, caballero, nuestra posicion no es igual.

ADRIAN.

Es verdad : yo soy un hombre honrado , y vos un asesino.

DUQUE.

Insolente !

ADRIAN.

Si para que os batais es preciso publicarlo , yo iré....

DUQUE.

Osariais !

ADRIAN.

Todo.

DUQUE.

Quereis pues....

ADRIAN.

Mataros , si Dios es justo.

(177)

DUQUE.

Mátarme!

ADRIAN.

Tengo una seguridad; porque entre los que se baten, el que tiene un crimen obre su conciencia está medio muerto.

DUQUE.

Caballero, soy noble.

ADRIAN,

Noble envenenador!...

DUQUE.

Como vos que aceptasteis!... miserable....

ADRIAN.

Yo !.... es verdad, he sido culpable.... por lo mismo no quiero dejar vivir á un hombre tan cobarde que me reconene.

DUQUE.

Cobarde! ya es demasiado!...

ADRIAN.

Luego aceptais?

DUQUE.

Esa palabra exige sangre, y si tuvieseis el honor de pertenecer á la nobleza...

ESCENA VI.

DICHOS Y MORISSEAU.

MORISSEAU , *abriendo la puerta, que vuelve á cerrar.*

Lo tiene: se llama Pablo Adrian Cres-sé de la Vaubaliere.

ADRIAN.

Yo!

DUQUE.

Caballero!

MORISSEAU.

Es el nombre que contiene la fe de bautismo, depositada en la escribanía de mi antecesor.

DUQUE, *con desprecio.*

¡El señor, pertenecer á nuestra familia!...

(179)

ADRIAN.

No lo deseo.

MORISSEAU.

Perdonad.... pero pertenece á ella.

DUQUE.

Bajo qué título ?

MORISSEAU.

Es vuestro pariente mas inmediato.

DUQUE.

El!

MORISSEAU.

El

DUQUE.

Su padre!

MORISSEAU.

El vuestro!

ADRIAN , *admirado.*

Como!

DUQUE.

Impostura!

MORISSEAU.

Sois hermanos.

DUQUE Y ADRIAN , *alejándose uno de otro.*
Nosotros !...

MORISSEAU.

Como Abel y Cain.

DUQUE.

Mi padre no tuvo mas que un hijo...

MORISSEAU.

En Francia ; pero en las colonias....

ADRIAN.

Las colonias... ah!.. sí... La Vaubalierre... este nombre... me acuerdo todavía... sí... era el que pronunciaba mi madre tantas veces bañada en lágrimas....

DUQUE , *con arrogancia.*

Os prohibo llevar ese nombre.

ADRIAN , *con firmeza.*

Si es el mio , no hay poder alguno en el mundo que baste á quitármelo.

DUQUE , *con arrogancia y desprecio.*

Y aun cuando fuere cierto , que una debilidad de mi padre hubiese de cualquier modo autorizado esta ridícula

pretension , seria preciso fundarla en un acto público... ¿mi padre ha reconocido al señor? ha firmado el acta de su nacimiento?

MORISSEAU.

No.

DUQUE.

Ah!

MORISSEAU.

Hubiera sido inútil , habia firmado su contrato de boda.

DUQUE , *acalorado.*

El contrato de boda !

MORISSEAU.

Mas bajo , señor duque ; no hay necesidad de que todo el mundo se instruya de este negocio.

DUQUE.

¿ Y creéis que bastará reunir calumnias sobre calumnias?...

MORISSEAU.

Lo que digo puedo justificarlo. Ten-

go en mi poder copia de todos los actos, cartas, contratos y declaraciones que atestiguan la legitimidad de Pablo Adrian Cressé de la Vaubaliere. Los originales están en lugar seguro.... El señor duque de la Vaubaliere, gobernador por su majestad en las colonias francesas, se desposó durante su gobierno, á principios del año de mil seiscientos noventa y cuatro, con Luisa María Ceeilia Dehallas, hija única de uno de los mas ricos habitantes de la colonia.... Volvió á Europa, y jugador, disipado, libertino, gran señor en toda la estension de la palabra, se olvidó de que estaba casado; y con el objeto de escapar de las vivas diligencias de sus acreedores, no aguardó á que su primera esposa hubiese muerto, para poner otra en su lugar, muy rica como era natural... El contrato de boda de vuestra señora madre es del once de abril de mil seiscientos noventa y siete; la partida de difunto de la primera duquesa,

es de catorce de abril de mil seiscientos noventa y nueve, mas de dos años despues. Las fechas son exactas.... los sellos legítimos.

DUQUE , *con calor.*

¿Y quien probará que esos documentos no sean falsos?... que no se hayan supuesto con un destino culpable?....

ADRIAN.

En este momento he sabido que existian.

MORISSEAU.

Yo lo sabia , por haberlos encontrado al estender el inventario del difunto ; pero lo que yo ignoraba completamente era la existencia del señor, y he aquí porque no he hecho uso de este descubrimiento , ni menos os he hablado de él. ¿A qué atormentaros , á qué perturbaros en la posesion de vuestro nombre y de vuestra fortuna , si este hijo no existia?.... Ante todo , para entablar el pleito era preciso

estar cierto de encontrar un cliente... este cliente lo he encontrado!... vedme ya dispuesto á sostenerlo , á apoyarlo con mi voz , con mi caudal , con mi crédito..!

DUQUE.

¿ Pero en fin , esos documentos , quien los ha traído?.. quien ha sido el depositario de unos actos cuya falsedad insisto en sostener?

MORISSEAU.

Un anciano criado de vuestro padre.

ADRIAN.

Aquel en cuyas manos me entregó mi madre al espirar en la travesía , cuando venia á Francia á reunirse á su esposo!... á reclamar sus derechos !

MORISSEAU.

Este criado intrigante y hábil , puso al niño en una pension , bajo el nombre de Adrian.

ADRIAN.

Es el nombre que me conozco hace mas de veinte años.

MORISSEAU.

Después (sin duda arrepentido), fué á buscar el señor de la Vaubaliere..... le anunció la muerte de su esposa, y la existencia de su hijo , le protestó sus buenas intenciones , su fidelidad á la persona del señor duque , y este creyó muy á propósito comprar su silencio.

DUQUE , *con arrogancia.*

La prueba ?...

MORISSEAU.

Se halla escrita en mil cartas de vuestro padre , cuyos originales están en lugar seguro.

DUQUE.

Jamás.... jamás reconoceré semejante acto... pleitearé.

MORISSEAU.

Pleitearémos.

ADRIAN , *colocándose entre los dos.*

Arrastrar la memoria de nuestro padre ante los tribunales !.... Jamás, señores... La tumba cubra sus faltas ; y mien-

tras yo exista no se removerán las acciones de su vida.

DUQUE, *bruscamente.*

He aquí hermosas frases, que nada prueban.

MORISSEAU, *con viveza.*

Sí pardiez..... prueban que el señor Adrian es un verdadero la Vaubaliere, y que le importa mas que á vos conservar intacto el honor de su familia.

ADRIAN.

Señor, conservad vuestros títulos, vuestras dignidades, sed en todas partes el solo hijo, el único heredero del duque de la Vaubaliere, yo consiento; y puesto que la desgracia ha querido que mi padre sea tambien el vuestro; yo comprometo mi palabra, la palabra de un hombre de honor que jamás ha faltado á la suya, de que nunca este secreto saldrá de mi boca.

MORISSEAU, *aparte.*

Yo no me comprometo á nada.

DUQUE.

El secreto! La estincion de esos documentos es lo que deseo, y los exijo en este mismo instante.

MORISSEAU, *con frialdad.*

No los obtendréis.

ADRIAN, *con fuerza.*

No, no los tendréis.

MORISSEAU.

Si quereis las copias certificadas para dar conocimiento de ellos, se os proporcionarán con el mayor placer; pero no los originales...

DUQUE, *redoblando su furor.*

Yo los quiero, y los tendré!.,.

ADRIAN.

No los tendréis, señor duque..... aun-
te me mandarais asesinar.

DUQUE.

Ellos ó tu vida, miserable!

MORISSEAU.

Señor!

DUQUE.

Sea quien fuere, el duque de la Vaubaniere, no debe tener mas que un hijo... Ven, y que la Providencia, si no la casualidad, elija entre los dos.

MORISSEAU.

Deteneos!

DUQUE.

Defiéndete, falsario! defiéndete!

ADRIAN.

Cielos!

DUQUE.

Defiéndete, digo.

(El duque saca la espada y obliga à Adrián à sacar la suya; Morisseau quiere impedir el duelo pero los aceros se cruzan y no le es posible. Julia aparece inmóvil á las puertas del fondo.)

ESCENA VII.

DICHOS Y JULIA.

JULIA.

Dos hermanos!

(Sorpresa y silencio.)

DUQUE.

Qué veo?... qué!.. Julia!...

(Deja caer la espada.)

JULIA.

Ven á pedirle su vida , en cambio de la
mia , y á castigarle por haberte impedido
n crimen.

DUQUE.

No... no... no eres tú, te he visto muer-
... fria...

ADRIAN.

Y conservando bajo las apariencias de
muerte , una vida que debia preservar
e su crueldad.

DUQUE.

¡ Maldito seas !

ADRIAN.

Desventurado , que juzgando de mi al-
ia por la suya , me ha creido bastante
obarde para inmolar á su avaricia la
da de una muger !

DUQUE.

Muerte !.. infierno!..

ADRIAN.

¿Y sabes tú quien es esta muger cuya muerte apresurabas con tanta barbarie, la cual mis manos debian á tu voz abrir las puertas del sepulcro?... Esta muger es la esperanza, el amor, el ídolo de toda mi vida.

JULIA.

Sí, ved al que yo amo... al que no he cesado de amar un solo instante, cuya imágen estaba colocada constantemente entre los dos..... Sus palabras de amor resonaban de continuo en mis oídos, helaban las que vos me dirigiais; ved á mí, aquel cuya ternura me ha salvado de la muerte, me ha arrancado de la tumba, donde queriais precipitarme.

DUQUE, *con rabia.*

Pero, por qué milagro?

MORISSEAU.

Vuestro dinero lo ha hecho todo.
(Aproximándose.)

DUQUE.

Mi dinero!

MORISSEAU.

El precio del crimen, me ha servido para estorbar su cumplimiento. Con el oro de vuestra cartera he ganado á vuestros criados, me han ayudado á arrancaros la presa; los mismos que os habian acompañado á vuestro regreso á Paris, han conducido durante la noche á mi casa á la hermosa Julia; cuyo sueño letárgico, parecido á la muerte, ha fascinado á cuantos la han visto.... En mi caso, y por los desvelos de Adrian, este sueño ha cesado, y ha vuelto á la vida.

JULIA.

Y ante Dios he jurado consagrarle, mis dias que me habia conservado.

MORISSEAU.

Y mientras que la hija de Jorge Raymond renacia á la esperanza de su felicidad, yo procedia con toda gravedad á los funerales de la señora duquesa de la

Vaubaliere. Un ataud vacío.... un ataud de plomo , atravesaba la multitud inmensa , y recibia las bendiciones del pueblo, que parecia sentir que de los dos esposos el mas jóven hubiese muerto primero.

DUQUE , *aterrado.*

Y durante este tiempo , obligado á guardar silencio , reducido á ocultarme.

MORISSEAU , *frotándose las manos.*

Vuestra posicion , nos ha servido maravillosamente.

JULIA.

Dejo á vuestra conciencia el cuidado de haceros las reconvenciones que merece vuestra conducta. Mi padre , obligándome á aceptar vuestra mano , no creyó nunca esponer mi vida á la violencia de un asesino... Os devuelvo, señor, el nombre que he llevado con resignacion , y que no ha recibido por mi parte mancha alguna.

DUQUE.

Qué decís , señora ?

JULIA , *con firmeza.*

Digo, señor duque , que nuestros lazos quedan disueltos.... que existe entre los dos una tumba , en la cual vos mismo habeis escrito nuestra separacion.

DUQUE.

Muerta ó viva , me perteneceis.

ADRIAN.

La duquesa de la Vaubaliere no existe , actos auténticos prueban su muerte.

DUQUE , *con rabia.*

Estos actos los romperémos , y justificaremos la existencia de la señora , y será siempre la duquesa de la Vaubaliere.

MORISSEAU.

En cuanto á esto, teneis razon; pero ved al duque.

(Señalando á Adrian.)

DUQUE , *confundido.*

Señor.

MORISSEAU.

Ved la sola rama del árbol genealógico.... Ved al duque de la Vaubaliere. Y

vos, señor, nacido de un segundo enlace, enlace nulo , pues que se contrajo antes de la disolucion del primero , vos no sois siquiera un hijo natural.

DUQUE.

Ah! al menos este título de hermano que escita en mí tanto furor , es un garante seguro de que jamás será su esposo.

MORISSEAU.

He aquí el breve de la corte de Roma que rompe y anula vuestro casamiento.

DUQUE.

Anula mi casamiento!

JULIA.

Gran Dios!

MORISSEAU.

Deciais bien , Julia..... *llegará cuando esté muerta.* En efecto , lo he recibido en Paris , cuando se enterraba á la señora duquesa en el panteon de su noble familia.

DUQUE.

Todo me falta !..

(Se sienta aterrado , con la mayor desesperacion.)

MORISSEAU.

Estabais triste , oprimida , abatida ; ahora dichosa , libre , en el colmo de la felicidad. Monseñor era rico , poderoso , todo cedia á su voluntad , á sus caprichos despóticos.... Vivía en medio de los placeres , de los festines ; y sin embargo , morirá tal vez en la Bastilla.

DUQUE , *levantándose.*

Morir en la Bastilla !

MORISSEAU.

Esto dependerá del tiempo que os quedéis. Un esento os aguarda para acompañaros.

(Un esento y varios guardias se presentan en la puerta del fondo y se llevan al duque.)

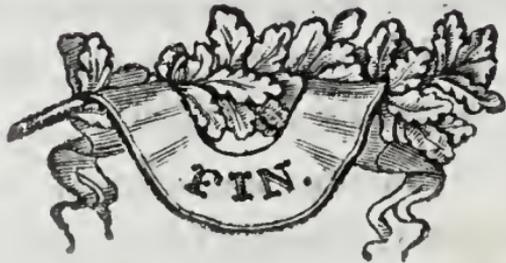
JULIA.

Adriau !

ADRIAN.

Julia !

(Al tiempo de marcharse el duque con los guardias , se arroja Julia en los brazos de Adrian)



Aproximaciones de 10 duros cada una: 13663, 13664, 13665, 13668 y 13660. Idem de 5: 2354, 2256, 16280, 16282, 19358, 194750, 4752, 17321, 17323, 933 y 935. Idem de 8: 8703, 8704, 8707.

Suertes extraordinarias premiadas con 20 duros.

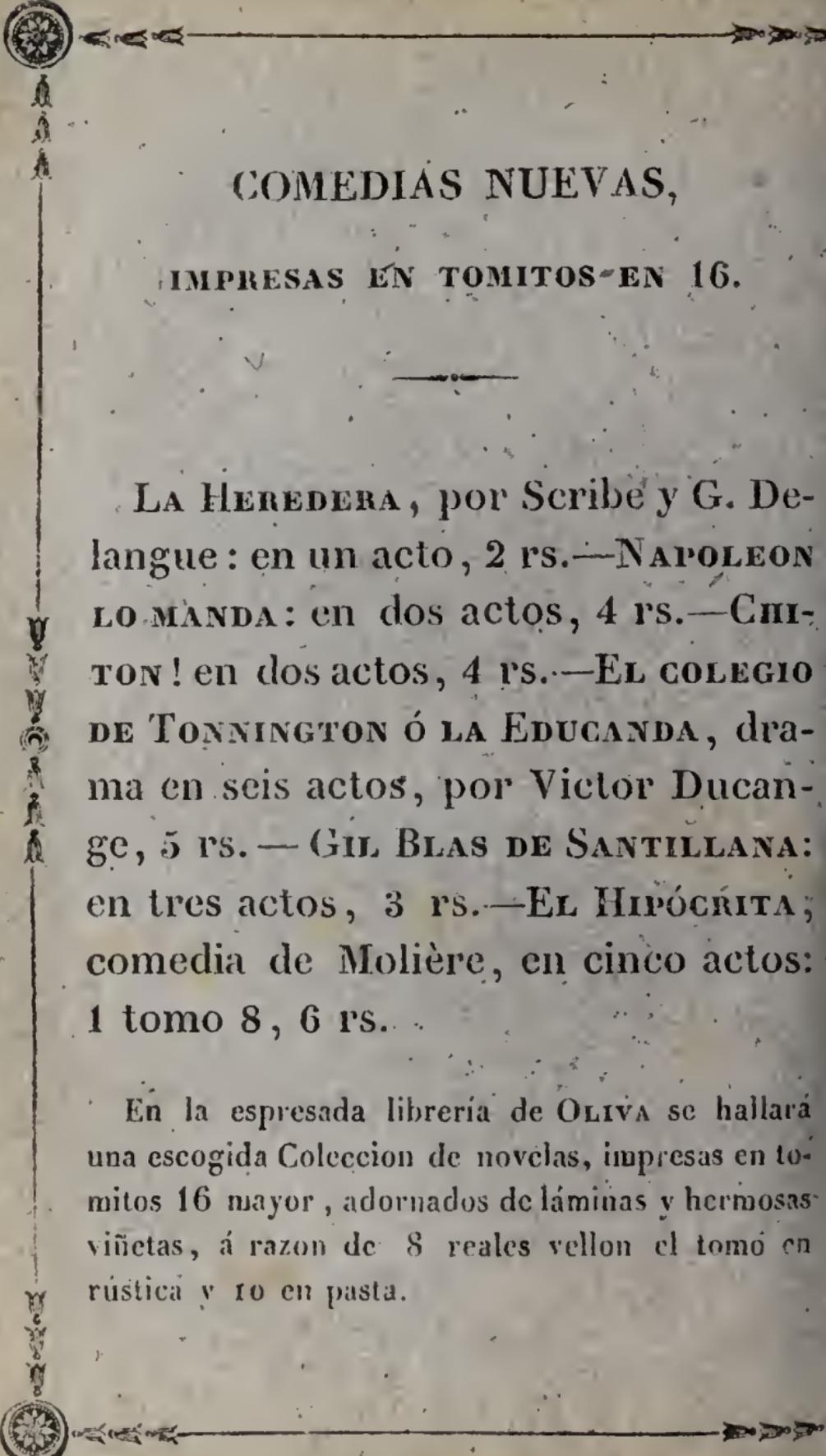
13837, 19790 y 3262 con 33 duros 17 rs. 17 mrs.

En esta rifa se han espendido hasta 24985 cédulas.

Los premiados acudirán á recoger sus respectivos premios á casa de Epifanio de Fortuny calle del Pom de or en la plaza de los Arrieros, de á doce de la mañana del martes y del viernes próximos, únicos dias que estará abierta la tesorería.

El lunes próximo 1.º de julio se abre otra rifa que se cerrará el lunes del mismo como la que antecede.

En el sorteo de la rifa que á beneficio de los pobres enfermos, enfermos y dementes del Hospital general de Santa Cruz de esta ciudad, verificó ayer con las formalidades de estilo en la sala de la M. I. Administración del mismo, han salido los números siguientes:



COMEDIAS NUEVAS,

IMPRESAS EN TOMITOS EN 16.

LA HEREDERA, por Scribe y G. De-
langue: en un acto, 2 rs.—NAPOLEON
LO MANDA: en dos actos, 4 rs.—CHI-
TON! en dos actos, 4 rs.—EL COLEGIO
DE TONNINGTON Ó LA EDUCANDA, dra-
ma en seis actos, por Victor Ducan-
ge, 5 rs.—GIL BLAS DE SANTILLANA:
en tres actos, 3 rs.—EL HIPÓCRITA,
comedia de Molière, en cinco actos:
1 tomo 8, 6 rs.

En la espresada librería de OLIVA se hallará
una escogida Coleccion de novelas, impresas en to-
mitos 16 mayor, adornados de láminas y hermosas
viñetas, á razon de 8 reales vellon el tomo en
rústica y 10 en pasta.